LOS PLATOS DEL DIABLO

Eduardo Liendo

El contundente éxito de *Los Platos del Diablo* es consecuencia, sin duda, de la pericia sorprendente con la que su autor logra integrar, en un conjunto coherente y consistente, una diversidad de técnicas, modos y temas narrativos: el relato policial y la reflexión intelectual, Chesterton y Borges, Hemingway y Kafka, Sartre y Wilde; el cine, el suspenso, la náusea existencialista, el humor. Todo ello articulando una intriga cuya seducción no decae nunca, llevada de la mano por una prosa limpia, precisa y mordaz. Eduardo Liendo (1941) es una de las voces más sólidas y seguras del panorama narrativo venezolano contemporáneo. Autor de éxito, su libro *El mago de la cara de vidrio* (1973), editado bajo nuestro sello, ha conocido ya nueve ediciones. Su más reciente novela, *Si yo fuera Pedro Infante*, ha tenido una resonante recepción en la crítica y el público.

Monte Avila Editores

Los platos del diablo Eduardo Liendo

EDUARDO LIENDO

Los platos del diablo

MONTE AVILA EDITORES

CONTINENTES

Destinada originalmente a recoger la mejor producción narrativa venezolana y latinoamericana de todos los tiempos, CONTINENTES se amplía para incluir también la obra de los narradores más representativos de otras zonas y otras lenguas del planeta.

1ª edición, Editorial Planeta, 1985
1ª edición en M.A.E.L., 1991
4ª edición, 1997

Ilustración de portada
Personaje ante un lavabo (1976)
Óleo sobre tela
FRANCIS BACON
198 x 148,5 cm
Col. Museo de Arte Contemporáneo de Caracas
Sofía Imber

© Monte Ávila Editores Latinoamericana, C.A., 1992
Apartado postal 70712, Caracas 1070, Venezuela
ISBN 980-01-0438-0
Diseño de colección: Carlos Canudas y Vicky Sempere
Diseño de portada: TACITO, Grupo de diseño, C.A.
Fotocomposición y paginación: Linotipo El Diario, s.r.l.

Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

A Yeska: la esposa

"Algunas veces, cuando me encuentro vacío
cuando no acude la expresión,
cuando, después de garrapatear
largas páginas, me doy cuenta
de que no he escrito ni una frase,
entonces me dejo caer en mi lecho
y me quedo allí tendido, absorto,
caído en un abismo de desesperación interna".

Gustave Flaubert,
carta a Luise Colect

(24 de abril de 1852),
Correspondance (1900).

En el rostro de Ricardo Azolar se notaba el hastío, pero no parecía un hombre atemorizado cuando miró a la multitud que ocupaba la calle cercana al tribunal. Tenía una barba de pocos días y usaba anteojos de gruesa montura de carey.

Los curiosos trataban de descubrir bajo aquella figura apacible la presencia de "El buitre", como había sido mencionado innumerables veces en los medios de comunicación. Sus manos estaban esposadas hacia adelante y a su lado se encontraban dos policías de civil, rodeados por un grupo de guardias uniformados que portaban peinillas desenfundadas.

Al descender la escalera hacia la calle, comenzaron los gritos de la multitud:

—¡Asesino! ¡Impostor!

Ricardo Azolar se atrevió a verlos y reconoció entre ellos al crítico literario Gregorio Palma, (burlado autor del ensayo *En el dédalo mágico de Ricardo Azolar*). El crítico le gritó enfurecido la palabra "rata". Un individuo desconocido, quizás exhibicionista, se abalanzó para agredirlo: ¡Tartufo! ¡Tartufo!, vociferaba, mientras uno de los guardias lo apartaba a un lado amenazándolo con la peinilla.

Tampoco los periodistas pudieron acercarse para interrogarlo, debiendo permanecer a distancia, con los pequeños grabadores portátiles en

el aire como cabezas de serpientes a punto de morder, pero impotentes para registrar algún testimonio directo del homicida. Sin embargo, estallaban los flashes, y las cámaras de televisión apuntaban en dirección al hombre desgarbado.

En esa situación, acosado por los gritos insultantes, Ricardo Azolar tuvo el desparpajo de realizar un inesperado gesto teatral. Levantó sobre su cabeza las manos esposadas y puso sus dedos en "V", como una doble señal de victoria. Este descaro encolerizó todavía más a la gente que se encimó tratando de cerrarle el paso al grupo de custodia. Los guardias los obligaron a dispersarse arremetiendo con las peinillas, y el inspector Rojas hizo un disparo al aire.

Cuando lo empujaban hacia la camioneta blindada, Azolar miró a Lisbeth, la única persona que, para él, le daba a esa escena de violencia su dimensión real. Desvió la mirada avergonzado y lamentó el ademán provocador. Nunca lo hubiese hecho sabiéndola presente. ¿Para qué había ido?

El inspector Rojas lo derribó sobre el asiento posterior del vehículo y luego se sentó a su lado. Los exaltados continuaban gritando y escuchó repetirse el nombre de Tartufo. Trató de establecer su semejanza con el abyecto personaje de Molière.

—La maldita literatura —pensó— me persigue hasta el fin. Tartufo... ¿Por qué no Caín?

Durante el trayecto de regreso a la prisión trató de encontrar el verdadero punto de partida, porque en su imaginación la realidad adquiría, por momentos, contornos ficticios. La última visión de Lisbeth se hizo lacerante: vestida de negro, silenciosa en el tumulto, con el pelo recogido hacia atrás, mirándolo con una intención impenetrable donde ni siquiera había odio. Se notaba envejecida y fue penoso reconocer en ella la atractiva mujer que había conocido pocos años antes.

Ricardo Azolar se sabía destruido y sin ninguna vitalidad para continuar soportando una existencia negada para la alegría; pero desde su entrada a la prisión tuvo el propósito de escribir un testimonio revelador. Sería el definitivo enfrentamiento con la palabra, esa gran culpa que lo condujo a la ignominia, al mismo centro del abismo.

El ulular de la sirena interrumpía sus cavilaciones y desorganizaba su pensamiento. Atrás los seguía otro vehículo con el grupo de custodia. La sirena reclamaba imperiosamente el paso aun con los semáforos en rojo. Los pasantes miraban curiosos hacia la camioneta y seguramente algún lector de diarios lo reconocía. La sirena era el grito irracional que alertaba a la ciudadanía. La intromisión del miedo en la vida cotidiana. Un hombre reducido, aniquilado para sí mismo, era llevado de modo vertiginoso hasta el lugar donde debía padecer una larga condena.

Se cumplía así la predicción del extraño quiromántico de Zurich: "Tendrás un día luminoso y un repentino eclipse". Los diarios vespertinos registrarían la noticia en primera plana: *Condenado "El buitre" a la pena máxima*. No faltarían los pronunciamientos exigiendo una legislación más severa que dictaminara la sentencia de muerte para esos casos de extrema perversidad criminal. Durante la noche, los noticieros de televisión reproducirían los sucesos ocurridos frente al tribu-

nal y el insólito momento en que levantó sus manos esposadas y mostró en cada una de ellas la señal de victoria. En la pequeña pantalla se vería su gravedad satánica desafiando hasta la misma cólera de Dios. Y junto a él la inevitable sombra del otro, Daniel Valencia, el ala del canto asesinada.

Tampoco olvidarían la imagen de Lisbeth: vestida de negro, silenciosa en el tumulto, con el pelo recogido hacia atrás. Una figura frágil donde los espectadores podrían apostar indistintamente a santa o a puta.

Para Ricardo Azolar había llegado el día de la antigloria.

La historia estaba fatalmente malograda por la realidad. Debía ser narrada —pensó— de manera sobria, directa, como un reportaje, evitando los acentos patéticos que deforman la naturalidad. Porque, a pesar de todo, el crimen sigue siendo humano. Quizás Lisbeth podría encontrar en ese relato la explicación que tanto necesitaba para reconstruir su existencia.

Como falsa paradoja, la literatura se negaba a abandonarlo cuando todo estaba perdido; cuando nada, ni la obra maestra, podría redimirlo. Sería, no obstante, la máxima contradicción del autor, que la misma impotencia se convierta en fuente creativa; como si alguien que mata por dinero heredara inesperadamente una cuantiosa fortuna hasta entonces desconocida.

Daniel Valencia lo hubiese comprendido. Sabía muy bien el valor potencial de la desesperación en la creación literaria. De las dos "V" de la victoria, la verdadera era aquélla que simbolizaba la tranformación de Valencia, del autor sobresaliente, en mito.

La reflexión se escapó de su mente. La sirena apagó su rabia estruendosa en la puerta de la prisión, y Ricardo Azolar no tuvo la flaqueza de compadecerse.

Nunca de la mano del escritor surgiría una página hermosa evocando los primeros miedos, los silencios, los secretos rencores padecidos. Sólo durante algún tiempo hubo encanto y sorpresa en las fugas prohibidas hacia el parque suspendido en una colina de la ciudad. Un parque que, amplificado por los ojos del niño, adquiría las dimensiones de un inmenso bosque habitado por inusitadas estatuas carcomidas, monos cautivos y pájaros multicolores en las grandes jaulas. En algunas fuentes de aguas turbias flotaban los musgos y resplandecían las flores de loto. Arboles gigantescos. Una redoma de superpuestos anillos de concreto que la fantasía infantil podía convertir en laberinto. Rara vez un pasante. El parque —escuchaba el niño decir— era una zona peligrosa; la gente decente ya no quería visitarlo. Pero para el niño significaba la libertad, el refugio predilecto del pequeño animal citadino. Nadie lo amenazaba en ese mundo casi vegetal.

En algún lugar aparecía una misteriosa capilla donde no se veían feligreses, ni cura, ni repicaban las campanas. Ricardo se aproximaba al sitio sigilosamente, tentado por descubrir lo que se encontraba tras el portón cerrado. Imaginaba que adentro había un pasadizo que conducía a un sótano donde seguramente se hallaba el eterno tesoro escondido, ese que ha ocupado la mente de todos los niños. Bordeaba la capilla atravesando

un pasillo lateral y descendía por una escalera que culminaba en una amplia terraza, desde la cual se divisaba toda la ciudad. Algunas veces pasaba mucho tiempo contemplando Caracas, una ciudad hundida entre montañas, donde todavía permanecían muchas pequeñas casas pintorescas que luego, en pocos años, sucumbirían ante la ferocidad de la piqueta.

Desde lo alto se veían circular libremente los automóviles por las calles angostas.

Fue en ese lugar donde lo sorprendió el perseguidor. Harapiento, de barba entrecana y mugrienta, y un ojo vacío. Por unos segundos permaneció paralizado viendo como se aproximaba, pero luego saltó la baranda precipitándose por el barranco. El hombre se descolgó y comenzó la persecución. El niño sentía su cercanía por el ruido de las hojas y bejucos moviéndose a su espalda. Corría acicateado por el pánico. En un requiebro quiso detenerse y de inmediato vio salir de los matorrales a la figura amenazante, debiendo continuar la huida desesperada hacia la salida del parque. Al saltar una cerca desgarró sus ropas y se hirió una pierna. Corría sin pedir auxilio, tomando senderos desviados del camino para confundir al perseguidor y acortar la distancia. Finalmente, cuando ya desfallecía, alcanzó la larga escalera que lo separaba de la calle y donde se movían algunos transeúntes. El hombre se detuvo arriba, en el borde, como un viejo lobo que ha perdido su presa. Y el niño, desde la calle, todavía aterrorizado, pudo percibir la insistencia del ojo vacío. Así apareció un temor secreto que no lo abandonaría, que se repetiría muchas veces en las pesadillas nocturnas: la fuga angustiosa de los pasos del perseguidor.

Al cruzar la pasarela que atravesaba el patio de la prisión escuchó los anatemas de los reclusos y sus burlescas y obscenas advertencias. Era el recibimiento reservado para los delincuentes repugnantes con los cuales el resto de los penados no deseaba identificarse. Posiblemente ninguno de ellos había leído una página de Daniel Valencia, quien siempre fue un autor de prestigio elitesco; pero la reacción era explicable por la abominable historia de "El buitre" difundida reiteradamente en la prensa.

Ricardo Azolar, que tanto había admirado los personajes de ficción bien diseñados, terminaba por ser él mismo un grotesco personaje de la realidad. Podía reconocer lo irónico de su existencia; la vitalidad dramática que no pudo lograr en sus escritos, surgía de las circunstancias de su vida como un fuerte veneno destilado.

En esa vida el hecho literario había sido la obsesión dominante. Lo que para otros hombres representaban el poder o la riqueza, fue para él la consagración literaria.

Nunca supo como llegaron todos aquellos libros a la casa paterna; tampoco recordaba al padre como asiduo lector. Quizás alguien le pagó con esas obras alguna deuda por trabajos de contabilidad que solía realizar para pequeños comerciantes, lo cual le proporcionaba un modesto ingreso adicional. Lo cierto es que en un cuarto donde se arrumbaban los objetos inútiles o de escaso uso, se hallaban también aquellas cajas repletas de libros que sufrían el progresivo deterioro ocasionado por la humedad. Fueron segura-

mente el más importante hallazgo de su adolescencia durante los lentos años donde no parecía ocurrir nada fuera de la rutina escolar. Al principio, la curiosidad y el tedio lo llevaron a indagar en ese material relegado. Fue fortuito el primer acercamiento a los títulos y autores que entonces, a pesar de la nombradía de muchos, no podía reconocer. Era un rápido hojear antes de regresar el libro a la inercia. Después se inició la insospechada aventura de la lectura atendiendo solamente al estímulo de la intuición, a la sugerencia de las primeras frases o la emboscada oculta en un título afortunado. Y luego una amable sensación de recompensa al concluir cada obra, como de secreta apropiación de algo que no se poseía antes de comenzar y ser de alguna manera modificado por la página escrita.

Así surgió el personal reto de leer sin demora, para lograr una quimérica comprensión superior apuntalada en un simple sofisma: si en cada una de las obras se ocultaba (o se revelaba) lo esencial de una vida, leerlas era una forma de apropiarse de todas las vidas, de experimentar todos los sentimientos, de pernoctar en todos los lugares. Una manera idílica de sustituir la inmediatez de las propias vivencias a cambio de una abarcante realidad ilusoria.

Con el tiempo, muchos nombres mitificados en el planetario literario se le hicieron cercanos en la intimidad y adquirieron calidad de guías o paradigmas. De tal modo conoció muchos autores clásicos, antiguos y modernos, y no pocos escritores semianónimos de menor fortuna.

Las novelas y las biografías ocupaban la vida del joven Azolar y, sin haber escrito todavía una página válida, quiso emparentar su destino con el de los mejores. Fue un silencioso delirio en el que se pensaba como un continuador de la fecundidad narrativa de Balzac o del tortuoso genio de Dostoievski. Se formaba en el credo de la voluntad balzaciano: afincado en la voluntad alcanzaría algún día la consagración literaria; la voluntad forjaría el estilo y apresaría la inspiración; la voluntad lograría la obra.

En esas afiebradas lecturas de adolescente se cultivó la idolatría por los grandes nombres; por el escritor que devora toda una sociedad para alimentar su propio gigantismo insaciable, y era esa figura portentosa que desafiaba el tiempo la que lo hacía ensoñar con la gracia de la palabra.

Sabiéndose desprovisto de privilegios dados y bienes de fortuna, aspiraba a poder decir algún día como el viejo Rousseau: "Sólo soy grande cuando escribo". Y esos ídolos que le mostraron el camino de la perennidad, lo internaron, también, en las tinieblas, abandonándolo luego en el vacío. O quizás todo estaba ya definido en la fatalidad de su ser, y el verdadero mensaje, el que nunca quiso escuchar, se encontraba en la admonición de Lorenzo Barquero: "Yo he conocido muchos hombres —tú también seguramente— que a los veinte y pico de años prometían mucho. Déjalos que doblen los treinta: se acaban, se desvanecen. Eran espejismos del trópico". Esa podía ser su biografía.

El encierro no lo intimidaba. Desde el momento en que cruzó la reja presintió que se hallaba en una perfecta recámara del tiempo fracturado, donde nunca se avanzaba hacia el día siguiente, pero se reproducía con increíble nitidez lo que

había sido, los punzantes fantasmas de la memoria.

Sobre esa pared amarillenta podía contemplar la inutilidad de lo pasado. Y la celda no superaba en sobriedad al lugar donde habitó por varios años después de abandonar la casa paterna.

Acaso extrañaba la fotografía de Franz Kafka (regalo de un librero), que presenciaba todos sus movimientos. Esa fotografía era el mejor testigo de sus lecturas de náufrago, aferrado a los libros como tabla de salvación. También observó sus primeros esfuerzos por hacerse escritor; los bosquejos rápidos donde apuntaba la silueta imperfecta de personajes que alguna vez deberían poblar un personal universo ficticio; los relatos inconclusos, abandonados con un gesto de rabia.

Y, sin embargo, a los veinte años la carta literaria ya estaba jugada. Se aventuraba en una trampa de ilusiones de la que no saldría jamás. Pero fue una tentación demasiado árida y solitaria para ser considerada impostura. Por lo demás, entonces carecía de dotes manifiestas para la representación y no podía presentir lo que ocurriría varios años después, cuando se especulaba con sus características de simulador.

En la portada de una revista frívola presentaron su fotografía acompañada de una interrogante: *Ricardo Azolar, ¿escritor, o diabólico actor?* Pero en su juventud nunca tuvo la facultad de desdoblarse y asumir un papel. Por eso pudo reconocerse en algunas páginas de *La paradoja del comediante,* de Diderot. También él, como cualquier aficionado, estaba demasiado a expensas de su diafragma para suplantarse por otro diferente a ese muchacho miope, huraño y engre-

ído. Provisto de un orgullo que podía soportar todas las precariedades, hasta el marginamiento, porque en el sueño megalómano se adivinaba la revancha sobre la realidad. Demasiado a expensas de su diafragma para sobresalir en aquel pupitre de liceísta, escuchando profesores aburridos que rara vez hablaban de asuntos cautivantes. Demasiado a expensas de su diafragma para aproximarse a la madre, casi una desconocida, una débil pavesa en el sofá. Demasiado a expensas de su diafragma para intentar el amor juvenil, después de descubrir en el espejo una figura sin prestancia, agraviada por el voluntario desaliño en el vestir, los zapatos sin lustre y las camisas anchas para las que el cuerpo parecía sólo un colgador.

La sexualidad reprimida podía esperar. Ricardo admitía la distancia que lo separaba de aquellas mujeres deseadas pero inoportunas, que no tenían motivos para reparar en él, y él no poseía más valor que el tiempo. En la soledumbre encontraba firmeza, haciendo propia una confesión de Balzac: "Pertenecían —las mujeres codiciadas— a bobalicones que no hubiese querido yo para mí como porteros".

Las grandes pasiones se encontraban también en el espacio de la literatura. Y las únicas mujeres verdaderas, las capaces de ofrecerle la gratitud del amor, debía arrebatárselas a Julien Sorel, a Juan Cristóbal, a Casanova, a Pierre de Laclose; despojándolos de sus Colettes, Beatrices, Antonietas, Lucrecias, Justines, Lottas, Bovaries, hasta que se hicieran presencia sus legítimas amantes. Sin embargo, entonces, era un pésimo histrión.

El porvenir le reservaba una forma caricaturesca del amor durante la convivencia con Sindia, la mujer que llegó a amarlo hasta el más abyecto servilismo. Pero también ella terminó confesando ante un tribunal su profundo desprecio. Ella, que le había suplicado tantas veces que, por lo menos, la consintiera a su lado como cualquier objeto.

Lo más entrañable seguía siendo su devoción por Lisbeth. ¿Lo había amado siquiera un minuto? Tal vez nunca. Aun en los momentos más íntimos, cuando él quiso olvidar, siempre fue la proyección del otro, del primer amante. Y ahora la imaginaba lacerando su cuerpo; levantándose del piso en la madrugada y entrando al baño para permanecer durante horas bajo la ducha, en un rito de asepsia; estrujando su piel hasta enrojecerla, tratando inútilmente de purificar sus pequeños senos mancillados por el amor farsante; y al amanecer, ya rendida, volviendo a caer sobre el piso, porque ese cuerpo innoble no es digno de las sábanas blancas.

No fue la envidia el móvil de sus designios. Azolar creía en una raza de creadores elegidos y los tenía por espíritus afines. Por lo tanto desdeñaba los pequeños autores y nunca se reconoció en ellos. No obstante, la envidia fue señalada por todos como el deleznable sentimiento que lo impulsó al crimen. Aun así, no intentó ninguna refutación y permaneció en silencio, casi ausente de pensamiento, durante todo el juicio. Lo lesivo de la envidia fue reiterado por el fiscal al esgrimir la motivación profunda del homicida: "poseído de una envidia demencial, desconocida hasta hoy en nuestra historia criminalística...", "aguijoneado

por la envidia...", "después que la envidia obnubiló su perverso intelecto...".

Nada sabían del perseguidor, ni del ojo vacío, y seguramente desconocían los límites de la desesperación.

El primer encuentro con Daniel Valencia se produjo de modo casual, varios años antes del día catorce de septiembre de 1978. Ya entonces, Valencia gozaba de amplio reconocimiento como escritor y era apreciado en el medio literario nacional como un prosista de singular valor, aunque su obra conocida —exceptuando los artículos periodísticos— se reducía a dos libros de cuentos de proposición fantástica y un caudaloso ensayo denominado *Estética y Cesarismo* que tuvo una fuerte resonancia polémica. Comenzaba a cimentar una reputación de intelectual integral y no exclusivamente como narrador.

El encuentro fue en la oficina del editor Valentín Rosales, quien hizo la amistosa presentación. Ambos eran en aquel momento ocasionales colaboradores de la revista *Apuntes*. Los tres conversaron largo rato sobre asuntos relacionados con la comercialización del libro. El tema, salvo en sus aspectos anecdóticos, no era del dominio de Azolar y prefirió escuchar; pero la impresión que le causó la personalidad de Valencia en esa oportunidad permaneció inalterable durante mucho tiempo. Daniel transmitía una gran vitalidad y su intelecto se mostraba brillante, sin incurrir en impostada gravedad. Tal vez donaire era el mejor adjetivo para definir su estilo personal. Incluso en su modo de vestir se advertía cierta origina-

lidad. Esa mañana usaba una boina azul —un aditamento poco frecuente para la época—, sweater bordado en colores rutilantes, pantalón crema y blancos zapatos deportivos. Su figura correspondía mejor a la supuesta en un juvenil jugador de tenis que en un escritor. Hablaba con escasas pausas, expresando con espontaneidad una enorme prodigalidad verbal. Rosales, un intelectual mayor y de algunos méritos, escuchaba las argumentaciones de Valencia con mucho interés, casi sin interrumpirlo.

En situaciones posteriores Azolar pudo apreciar en otros contertulios un comportamiento similar. Valencia ejercía sobre sus interlocutores una fuerte fascinación. Esta característica, que puede ser muestra de autosuficiencia, era superada por su discreto ocultamiento del yo. Azolar llegó a compartir esa favorable impresión.

También era notorio que la distinción y la seguridad que expresaba Valencia se asociaban a una culta procedencia burguesa, que trascendía el simple privilegio económico. Su madre, Vilma Méndez de Valencia, había sido una virtuosa pianista de dilatada trayectoria artística; y su padre, el capitán de navío Néstor Valencia de La Peña, mereció el respeto público por su decidida participación en un movimiento cívico-militar que le devolvió al país la institucionalidad democrática. Daniel Valencia se mostraba ufano de sus progenitores. En cierta oportunidad, cuando su renombre literario ascendía, un periodista manifestó extrañeza porque su vocación no se hubiese realizado en un campo donde predominara la acción sobre la reflexión intelectual, siendo hijo de un eficiente militar: "No hay tal con-

tradicción —comentó Valencia—; a él le debo una asimilación voluntaria de la disciplina sin la cual toda batalla literaria fracasa. Todavía más, para escribir me apropio de su uniforme de campaña. La diferencia estriba en que mi teatro de operaciones comienza y termina en una mesa". De su madre dijo con nostalgia: "Fue una gran amiga. El hecho de haber sido una pianista con numerosos compromisos no la apartó jamás de mí. Pienso que estuvo dotada con una sensibilidad superior. Intelectualmente me inculcó el interés por los idiomas y, también, algo curioso, siendo ella músico de oficio, siendo niño me daba lecciones elementales de dibujo, una afición que todavía me produce mayores satisfacciones íntimas que la creación literaria".

Ricardo Azolar meditó muchas veces sobre esa existencia tan opuesta a la suya y, al mismo tiempo, tan fatalmente enlazada, más allá de toda coincidencia, hasta la misma confusión espiritual.

Aquella mañana abandonaron juntos la oficina del editor Rosales. Valencia se proponía abordar un taxi —pocas veces conducía su automóvil—, y Azolar se ofreció para trasladarlo en su Fiat desde el centro hasta el este de la ciudad. Durante el trayecto hablaron sobre algunas peculiaridades de la más reciente producción literaria nacional, y en un momento de la conversación Azolar supo que Valencia había leído su novela corta *Sortilegios del loco,* publicada pocos meses antes sin repercusión crítica, exceptuando dos ligeras reseñas periodísticas que daban cuenta de su aparición en glosa superficial. La opinión de Valencia fue casi meramente cortés: "Es un trabajo narra-

tivo interesante; tuve la impresión de que hay ahí varias historias sugeridas que permiten un mayor desarrollo. Quizás puede ser un libro semillero para ti mismo. Lo leí con agrado". Aun así Azolar se sintió halagado por el comentario. Siendo dos años mayor que él, (tenía entonces 31 años), era un intelectual distinguido y, por lo tanto, muy gratificante enterarse de que había sido su lector. Este hecho le pareció inusitado debido a que él mismo pocas veces leía a los autores ignorados por la crítica especializada.

Valencia no participaba de ese prejuicio literario y en una divagación dijo, refiriéndose a los maestros sacralizados: "Esos ogros tutelares de los que es necesario divorciarse rápidamente para que no te jodan la vida".

Parecía más interesado en ver lo que ocurría en la calle que en la conversación. Lo hizo detenerse para mirar a una anciana que acariciaba a un perro callejero atropellado por un automóvil. El perro aullaba y la vieja trataba de calmarlo estrechándolo contra su pecho: "Es una escena lastimosa —dijo Valencia—, pero rara vez presenciamos esos gestos de amor. Es bueno dejarlos en la memoria".

Hablaron algo sobre las perspectivas de las letras en el continente y Valencia tuvo una remembranza de Felisberto Hernández: "Debemos rescatar o reencontrar *El caballo perdido* —dijo— dejar existir libremente nuestros fantasmas, los que nos pertenecen", Azolar no quiso poner de manifiesto que desconocía la obra de Hernández; lo suponía un escritor menor.

Desde ese día quedaron amigos. Tal vez el contraste de sus personalidades era un factor de interés para la amistad. Pero a pesar de sus diferencias llegaron a tener una predilección: Lisbeth.

Durante varios años Ricardo Azolar mantuvo una empecinada porfía por construir una valiosa estructura novelística. Creía en una fuerza interior que se posesionaba de las palabras, transmutándolas en otra realidad mediante una delicada y misteriosa alquimia. En este propósito no lo paralizaba la abulia, ni el riesgo del aislamiento. Se sometía a la austeridad y se apartaba voluntariamente de los divertimentos del juego social. Su relación con el tiempo estaba marcada por la premura en alcanzar su ambición de prestigio alrededor de los cuarenta años.

Esa era para él una edad de equilibrio y plenitud, más allá de la cual se avizoraba la declinación. Tomaba demasido en serio una chanza de Bernard Shaw: "Después de los cuarenta años todo hombre se convierte en bribón". Por eso desdeñaba los ejemplos que exaltan el éxito tardío y consideraba hipócrita todo reconocimiento póstumo. Era tal su convencimiento sobre el particular que, alguna vez, en estado de exaltación, le confió a Sindia: "Si no logro realizar una obra importante antes de los cuarenta tendré que colgarme; sería la única humillación que no podría resistir".

Pero en esos años de dedicación no pudo remontar su anhelo. Siempre existía una distancia entre la concepción y el fruto. Tres nuevos libros publicados no alteraron sustancialmente la relevancia de su carrera literaria. No eran libros mediocres, sino simplemente prescindibles y, en este aspecto, un descalabro para quien no creía en la sola gratitud del hacer. Detestaba la inclu-

sión de su nombre en la abultada lista de "jóvenes narradores" y las "promesas-de nuestras-letras" donde los mencionados perdían su individualidad. Aunque ese supuesto desmerecimiento era, en cierto grado, producto de su egotismo, porque su novela *El hombre sin siete* tuvo una buena aceptación de los lectores, sin llegar a ser un acontecimiento literario o un éxito editorial. No obstante, el desánimo no se apoderó fácilmente de su voluntad, profesando, como profesaba, la fe de los tercos.

Para atender las necesidades de subsistencia económica logró un empleo permanente en la editorial de Rosales, en funciones de asistente de la dirección literaria que Rosales reservaba para sí. En los primeros meses el editor le dispensó un trato de estima y consideración; pero la rutina oficinesca y la posición subalterna de Azolar provocaron el deterioro de la amistad, sobre todo porque éste llegó a pensar que el director sentía por él un disimulado menosprecio. Lo había oído muchas veces expresarse de modo burlón de los trepadores, de los buscadores de fácil fortuna que se consideraban a sí mismos como escritores elegidos. Ridiculizaba sin piedad a los nóveles autores que llegaban a la editorial con un primer manuscrito encarpetado y querían recibir tratamiento de figuras consagradas antes de aprobar el examen del primer lector. Y aunque Ricardo Azolar ya había pasado en mucho la prueba del noviciado, sentía que algunos de los alfileres de Rosales iban a meterse en sus medias.

En los mismos años los libros de Daniel Valencia fueron traducidos a varios idiomas. Con

su novela *Una Z en el pasaporte* obtuvo un galardón ofrecido por la crítica italiana para una obra de ficción extranjera, suceso que fue ampliamente difundido en la prensa cultural.

Valencia demostraba una gran versatilidad escritural y sus narraciones tenían efectos sorpresivos, como si cada nuevo texto suyo implicara una ruptura con su intención anterior, explorando otras posibilidades estilísticas y un variado espectro temático de singular factura. También tuvo alguna significación para ser apreciado como artista su trabajo de dibujante, que trascendió al público en dos exposiciones, suscitando mayor interés la serie *Los rostros destruidos* que proponía una internación en el camuflaje de los gestos. Pero tales muestras no poseían el alto valor estético de la narrativa valenciana y, en cierto modo, el escritor le prestaba su prestigio al dibujante.

No siendo un autor proclive a la promoción efectista de sus actividades literarias, prefería mantener cierta reserva encubierta con ligero humor: "El éxito personal no me entusiasma; estoy bastante bien sin enemigos"; o, "de las novelas inéditas, como de las novias, es mejor no hablar mucho". En una oportunidad su evasiva fue francamente sarcástica: "Me preocupa un libro sólo hasta el momento de su publicación, y desde ese hecho en adelante estoy verdaderamente apenado con el lector. Lo mejor es no pensar en esas cosas para seguir escribiendo". Nada en su comportamiento público lo emparentaba con la figura del creador desgarrado que exalta cierta mitología. Al parecer no era necesario arruinar la propia vida para escribir una buena novela.

En la celda, Ricardo Azolar se entregó al escarnio del perseguidor. El pasado regresaba en la pertinencia de la memoria y en los datos dispersos de la realidad. Una presencia lo irritaba sobremanera: las constantes intromisiones de uno de los guardias (el tartamudo) en ese mundo inmóvil. Cierto que nunca lo había maltratado de palabra; le llevaba con puntualidad la mediocre comida; se prestaba para comprarle el diario y algunas revistas, a cambio de una escasa propina; y, sin embargo, la intención del vigilante de tratarlo familiarmente y hasta con cierta solidaridad cómplice (antes había sido reo por el asesinato de su mujer), le resultaba insoportable. Prefería el silencio; la soledad total; el desprecio absoluto. Esa lengua pastosa le recordaba demasiado la propia niñez. Primero fue una asociación inconsciente; pero luego se hizo plenamente lúcida y desagradable.

El reportaje de la revista (*Ricardo Azolar, ¿escritor, o diabólico actor?*) estaba hecho con intención amarillista; pero el conjunto de fotografías desplegadas en las dos páginas centrales conformaban una muestra lastimosa y macabra (aunque una sola fotografía, el cadáver del escritor sobre una camilla de la morgue, reflejaba directamente la violencia). En el extremo superior izquierdo aparecía una toma del funeral de Valencia. A pocos metros de la fosa, destacando con un círculo rojo rodeando la cabeza, se veía a Ricardo Azolar, con expresión hierática, vestido de flux. A su lado, el pintor Lezama. Un poco más distante, entre varios intelectuales, se reconocía a la poeta Malva Granados. Y frente al catafalco, entristecida, con el pelo suelto cubriendo los lados de su cara estaba Lisbeth Dorante, la amante de Valencia. En el centro de la misma página se presentaba el momento de la ceremonia oficial en la que el ministro de cultura le impuso una medalla honorífica al escritor Ricardo Azolar. En la parte inferior, Azolar y Lisbeth Dorante durante una recepción efectuada en el diario *Memorial*, en su fecha aniversaria (Azolar no había visto antes la fotografía, pero recordaba que al salir de la reunión fueron al cine. Lisbeth quería ver "Viridiana", de Buñuel, por segunda vez). En otra página se exhibía la portada de la primera edición de la novela *La tentación del Abismo*, y un rostro sonriente de Daniel Valencia. Abajo una toma de una calle desierta, con una flecha roja señalando un punto, y otra fotografía de Valencia y Lisbeth Dorante tendidos sobre la arena en una playa de Barbados. No existía ningún testimonio fotográfico que presentara juntos a la víctima y el victimario.

En una declaración del comisario Colmenares, jefe de la comisión de la policía judicial que investigó el crimen, se podía leer: "Estábamos ante una situación difícial y espinosa. Al comienzo carecíamos de alguna prueba definitoria y los indicios eran confusos; pero trabajamos pacientemente hasta resolver el caso. Como siempre, a Dios gracias, la mortificada conciencia del delincuente sigue siendo el mejor policía". ¿La conciencia?... Con seguridad era un argumento tan frágil como el de la envidia. El sentimiento de culpa no podía explicar la fatalidad de los hechos.

Conoció a Lisbeth en una reunión ocurrida en la residencia de Malva Granados, una lujosa

mansión ubicada en una zona burguesa de la ciudad, en uno de esos puntos donde el llamado cinturón de miseria se rompe y se transforma en súbita opulencia. La de Malva Granados era fastuosa, precedida por un espacioso jardín sembrado de cipreses, y dividida en tres niveles arquitectónicos, uno de los cuales descendía a través de una escalera en espiral hasta una sala deslumbrante donde la anfitriona solía recibir a sus invitados. Desde las blancas paredes se asomaban pinturas que contrastaban por su estilo y épo ca en aquel museo particular (Rubens, Tamayo, Chagall, Del Bosco, Vassarely, Botero, Soto, Borges). Las preciosas cortinas, los elaborados bordados en las alfombras y tapices hindúes, la solemnidad del viejo piano, la variadísima colección de porcelanas y otras artesanías que sugerían un extenso periplo, los muebles confortables y elegantes, los cojines dispersos incitando a la laxitud, y una tenue luz ambarina que iluminaba el lugar, creaban una atmósfera de exquisito recogimiento. Un refinado rincón burgués no exento de una estética sobrecargada y algo decadente.

Azolar, un intruso en ese ambiente, debió pensar en la ruindad del pequeño apartamento donde habitaba y que tenía por toda decoración una fotografía de Franz Kafka. Estaba presente casi por azar; no era un invitado de la poeta. Lo decidió a ir la insistencia de Mario Linares, un colaborador de la revista *Apuntes* que pertenecía al círculo de consecuentes admiradores de Malva Granados.

Azolar siempre había tenido reticencias para aproximarse a los grupos de intelectuales. No

soportaba la idea de ser tratado como un aspirante y esperaba ese momento en el que su nombre impondría la cortesía de las relaciones. Pero en esa ocasión sucumbió al deseo de conocer aquella mujer a la que todos sus amigos calificaban como excepcional. Sin duda, su leyenda no provenía únicamente del virtuosismo de su poesía, sino también, y no en menor medida, de su talento social, el histrionismo y la capacidad de rodearse del afecto incondicional de jóvenes poetas, pintores, músicos, narradores, que se consideraban recompensados con una especie de mecenazgo espiritual.

La presencia de Malva Granados no lo defraudó. Era, ciertamente, una hermosa mujer en días otoñales. Su imagen recordaba a las actrices de cine que ya han anunciado su retiro; una suerte de Greta Garbo de más de cincuenta años, sólo impecable en la sonrisa juvenil que se resistía a acompañar al cuerpo en la declinación. Se notaba en ella, bajo la aparente alegría, una dolorosa nostalgia por sus años de plena juventud, e ironizaba graciosamente sobre ello: "Yo nací para el amor, pero parece que muy pronto dejaré de ser amable. Cada día es más difícil lograr que un caballero se decida". Era, efectivamente, encantadora, hasta que ponía de manifiesto un desmedido egocentrismo. La necesidad de acaparar todas las atenciones, un propósito imposible de lograr teniendo cerca algunas compañías femeninas de lozana belleza. No obstante, esa mujer de innumerables anécdotas, que había conocido a muchos de los más sobresalientes artistas del siglo y que había visitado todas las ciudades "menos Jerusalén" —según decía—, cautivaba a

los presentes con los ademanes de diva, la emotividad y una picardía sutil que se detenía siempre a un palmo de la obscenidad sin llegar jamás a rozarla. Tenía una hermosa mansión por escenario y su propia vida como tema. Derrochaba afecto y excelente bebida; pero a cambio nutría su ego con las alabanzas de sus invitados que algunas veces llevaban sus elogios hasta la adulancia pueril. Y cuando la anécdota personal dejaba espacio para algún paréntesis, se conversaba sobre temas de refinada cultura; de las excelencias de la versión fílmica de "El año pasado en Marienbad" o la formidable renovación del teatro polaco; la última novela de Graham Greene o una exposición de Bacon vista el día anterior por alguno de los contertulios en una galería de Londres. Todo exquisito, como si aquella casa y sus visitantes nada tuvieran que ver con la circunstancia de una ciudad atestada de automóviles, de gente neurótica y horriblemente vertiginosa. Todos los presentes, bajo la luz ambarina, parecían trasplantados de un cuadro impresionista de un salón del siglo XIX, aunque algunos vestían de blujeans y sólo brillaban los collares de Malva Granados.

Azolar se mantenía en la actitud de observador discreto, pero pese a la inhibición no se hallaba molesto. Había mucho de atrayente en ese grupo social donde todos parecían provistos de un ágil talento. Durante la velada su atención se dirigió con frecuencia hacia una joven de estupendos ojos grises, delgada figura y copiosa cabellera negra, que se mostraba comunicativa y sonreía con facilidad. Escuchó que alguien la nombraba: Lisbeth. Y se le ocurrió que aquél era un hermoso

nombre para un río. También la oyó decir algo inteligente sobre la exculpación de la muerte en *El Extranjero* de Albert Camus, una de las novelas cortas de su predilección. La joven debió notar la insistencia en su mirada y lo gratificó con la sonrisa. Sin embargo, él no tenía la desenvoltura necesaria para abordar a una linda desconocida y no intentó el acercamiento. Seguía siendo un temperamento "demasiado a expensas de su diafragma".

Cuando le fue presentada Malva Granados, la poeta lo convidó a participar en las tertulias literarias que se realizaban con frecuencia en su residencia: "Me han dicho que eres un escritor muy promisorio y poco relacionado. Esto último no es lo más aconsejable. La soledad extrema es dañina para el escritor; lo seca. Siempre es beneficiosa la cercanía de otras vocaciones amables. Si quieres asistir a nuestra peña literaria, yo misma te abriré la puerta. Serás bienvenido". Era claro que la poeta deseaba reclutarlo para su selecto grupo de jóvenes admiradores, pero Azolar, pese a su individualismo, consintió en participar.

Desde el primer momento tuvo el presentimiento de que quizás era esa una posibilidad de establecer amistad con Lisbeth, quien no parecía ajena a la influencia de la absorbente personalidad de la Granados. Sólo ese primer conocimiento fue fortuito. Después asistiría puntualmente a las tertulias donde se leían textos y poemas (en un juego intelectual monótono o apasionante según el caso), con el disimulado propósito de encontrarla; y Lisbeth, sin estar plenamente consciente de la seducción que lograba,

fue apoderándose de su deseo. De alguna manera Azolar la incorporaba a sus ensoñaciones literarias; al arquetipo femenino asimilado. Pero Lisbeth era una mujer real y, por lo mismo, una complejidad que no podía ser adoptada como un personaje.

Nunca estuvo completamente seguro de si su enamoramiento fue o no un invento de su cabeza; el deslumbramiento por cualidades sólo presentidas en la modulación de la voz, en algunos gestos huidizos o en la calidez de una mirada. Un invento llamado amor, para una mujer casi desconocida llamada Lisbeth Dorante.

Poco o nada sabía de ella, salvo que estaba próxima a licenciarse de arquitecto. Mostraba ser una lectora muy informada y expresaba con desenfado algunas ideas liberales con relación a la sexualidad, confesando al mismo tiempo que, lamentablemente, no se acostaba todavía con nadie. Por puro disfrute intelectual escribía poemas de cierta validez, bailaba jazz, y cuando ya mantenían una buena amistad, pudo sorprenderse al saber que cumplía con algunas prácticas budistas.

Se aproximó a Lisbeth sin demostrar apremio, pensando en la amistad como un delicado puente afectivo que algunas veces conduce al amor. Este proceder, característico de los pacientes y de los tímidos, fue su cauteloso medio de abordaje. Ella era la esperada, la que colmaría el deseo; unos ojos grises que se mimetizaban con las tonalidades de la luz y un cuerpo donde reconocerse para descubrir si las pasiones avistadas en el espejo literario también le pertenecían.

Pero para Lisbeth todo podía ser un juego amistoso sin posibilidad de compromiso. Le

agradaba hacer nuevos amigos, como una forma de compartir. Se sentía libre y en ese tiempo carecía de una relación especial. Los amores adolescentes le enseñaron que era requerida y tenía la seguridad del que puede elegir. Era una de las jóvenes que no se resentían de su condición ni renegaban de su sexo y, además, creían en la realización personal rechazando cualquier sumisión ante el varón. Estimándose a sí mismas, rescataban la soberanía del cuerpo envilecido por siglos de abierta o encubierta servidumbre. Más que una revolución política, con su conducta impulsaban un cambio profundo en las costumbres, los hábitos y los prejuicios de una moral decrépita.

El asiduo trato significó para él una apertura hacia la vida; una liberación de la fotografía de Franz Kafka colgada en la pared. Lisbeth le transmitía el gozo de vivir. Con frecuencia utilizaba el recurso satírico para desinflar su obsesión de prestigio, y él soportaba las bromas con mansedumbre. Algunas veces ella fingía contar sus pulsaciones tomándolo por la muñeca para luego comentar: "Hoy estás un poco mejor de ese delirio de grandeza; tu pulso está casi normal". O caricaturizaba su vanidad: "Tus futuros lectores pueden esperar un día más; eso aumentará las ventas. Mientras tanto, te invito a comer un arroz chino". Ricardo empezaba a reírse de sí mismo descubriendo la secreta energía del humor; algo que, hasta entonces, parecía negado a su naturaleza.

Las diferencias surgían cuando él intentaba sustraerla de otras amistades, porque ella mantenía una estricta vigilancia de su independencia y

no permitía caprichosas intromisiones: "Prometí encontrarme con ellos en el 'café'; si no te agrada su compañía nos veremos después". Ricardo se sometía a estas exigencias con fidelidad perruna, pensando que todavía no era tiempo para hacer prevalecer su voluntad.

También fue un lapso fructífero en su labor de escritor. De esa época data un conjunto de doce relatos publicados en libro bajo el título *Fiesta en el lupanar*. Narraciones breves de ambientación urbana habitada por personajes grotescos, maniáticos, marginale , funambulescos, noctámbulos, que buscan el escape hacia el absurdo. Textos bien trabajados donde, por la naturaleza del tema, hubiese sido deseable un poco de humor negro. Pero no fue un intento malogrado.

Lisbeth organizó una pequeña reunión de amigos para festejar esa nueva publicación. "No pude alquilar un lupanar para hacer el escenario un poco más realista; pero espero que te conformes" —dijo cuando anunció la sorpresa—. Fue para él una situación excepcional. Recibió felicitaciones y firmó algunos ejemplares. Tenía la efímera y deformada impresión de ser el centro de interés de todos los presentes.

Esa noche estuvo muy locuaz y bebió en demasía. No dudaba de la futura gratitud de su suerte. El entusiasmo y el efecto del licor trastocaron su timidez y tuvo la osadía de besar furtivamente a Lisbeth en los labios. Ella no se disgustó por el gesto amoroso, pero hizo una amigable advertencia: "Esta noche, por lo visto, vale todo; pero los besos robados me parecen una mala costumbre. Espero que no insistas sin mi consentimiento", y le puso un dedo sobre la boca en señal de reprobación. Azolar se rió de la suave reprimenda. Nada podía disminuir su optimismo. El amor y el éxito eran cuestión de tiempo.

Otro hecho pueril ocurrido durante la fiesta tendría, no obstante, significación en su vida: Una amiga de Lisbeth, a quien conoció esa misma noche, reparaba en él de modo ostensible. No tenía un rostro sugestivo, pero sí un cuerpo armonioso dotado de sensualidad. Azolar, que en esa circunstancia se había tomado muy en serio su papel de trasnochado D'Annunzio, aprovechó que ella vino a solicitar la firma de un libro para transformar la fórmula gentil en una dedicatoria cargada de picardía: "Para Sindia Santos en el primer encuentro, que nunca sabemos hacia dónde va. R.A.". Más tarde, la notó un poco retraída y decidió aproximarse. Era conveniente que Lisbeth no lo considerara un aspirante sin ninguna otra posibilidad.

Por esa misma época aumentó su amistad con Valencia, hasta el punto de realizar un trabajo intelectual al alimón. Se trataba de un número especial de la revista *Apuntes* que tuvo como tema vertebral la denuncia de numerosas violaciones de los derechos humanos en la persona de escritores y periodistas latinoamericanos, particularmente aquellos sometidos a prisión o exilio por gobiernos dictatoriales. Rosales solicitó la participación de Valencia como coordinador del referido número y delegó en Azolar la representación del equipo editor.

Fue otra vez el juego de las casualidades. Para esa actividad Daniel ofreció su residencia como sitio de encuentro. Habitaba en el *pent house* de un lujoso edificio.

Azolar se sorprendió al saber que varios de los dibujos, grabados y cuadros al pastel que adornaban la sala tenían la autoría de Valencia. En aquel momento pudo percibir con fuerza todo lo que lo separaba del otro escritor. La presencia de una trabajadora doméstica a la orden del joven soltero acentuó ese sentimiento de distancia; pero la reserva que le causaba la diferencia de posición social fue atemperada por la afabilidad de Valencia.

Azolar llegó a pensar con ironía que dentro de tal bienestar cualquiera podía escribir plácidamente una novela magistral. Era un razonamiento que sabía falso; pero se presentaba traviesamente en su cabeza.

En uno de los encuentros Valencia le mostró su taller de pintura, y tuvo la impresión de que siendo tan modesto al referirse a su producción literaria, demostraba cierto engreimiento hablando de sus cuadros: "Creo que soy visceralmente un pintor, y escritor por equivocación".

Durante los días de trabajo en colaboración aumentó el conocimiento personal que cada uno tenía del otro y se produjo una franca estimación. El número 47 de la revista *Apuntes* señalaba la labor coordinadora de ambos escritores. Fue esa la primera vez que sus nombres estuvieron relacionados, y más tarde sería para siempre.

La bestia cínica no hubiera crecido dentro de él con un amor correspondido. El distanciamiento de Lisbeth le produjo un descalabro espiritual. Era el amor a sí mismo lo que se sublevaba; lo que se negaba a disculpar. Las pequeñas casualidades se enlazan y terminan formando la historia secreta de un asesinato.

Una casualidad que Lisbeth visitara la exposición de los viejos dadaístas organizada oficialmente por la embajada francesa y que Daniel Valencia estuviera allí. Otra casualidad que el pintor Lezama los presentara y se estableciera entre ellos la comunicación.

Lisbeth le refirió el hecho poco antes de entrar al cine.

Azolar no desconocía la admiración que ella tenía por Valencia después de leer *Una Z en el pasaporte*. La impresión que le causó conocerlo se demostraba en la abierta alabanza: "Es un tipo formidable. Confieso que me cautivó con su conversación". Para colmo, el propio Azolar fue uno de los motivos para el acercamiento. Lisbeth le hizo saber a Valencia que tenían un amigo en común: "Por cierto que tiene muy buena opinión de ti, Ricardo; dijo que algún día serás el mejor personaje de ti mismo".

De la exposición fueron en pequeño grupo (Sindia, Norma, Lezama, ella y Valencia) hasta una "Fuente de Soda" cercana. "Yo propuse la farra; no quería perder esa oportunidad de hablar con él". Ricardo no entendía por qué causa le contaba esas fatuidades, y cuando ella insistió en relatar los méritos del otro, no pudo evitar el hacer un comentario que revelaba cierto resentimiento: "Creo que como autor está algo sobrevalorado; quieren convertirlo a la fuerza en la vedette de turno". Lisbeth no dejó pasar inavertida la mezquindad: "Me sorprendes con esa opinión. Yo pensaba que tu afecto era auténtico. Siempre

me hablaste bien de él". Azolar no persistió en su cuestionamiento; había incurrido en una pequeñez.

Durante la función varias veces una frase rebotó en su cabeza: *"Es un tipo formidable. Confieso que me cautivó con su conversación"*. En la oscuridad intentó asir la mano de Lisbeth y sintió que se evadía. La película tampoco lograba interesarlo. No era su noche.

Después los encuentros comenzaron a espaciarse y llegó a pensar que ella eludía deliberadamente sus invitaciones con distintos pretextos. Aunque no le ocultaba que había vuelto a ver a Valencia en otras ocasiones. El simple hecho de nombrarlo bastaba para alterar su humor, y Lisbeth lo mencionaba ahora como un amigo próximo: "Daniel me dijo ayer...". Con dificultad él aparentaba no darle importancia. Recordaba una máxima de Ovidio: "A tu rival, ignóralo".

Sin embargo, su fingida despreocupación desapareció cuando ella hizo alusión a un cuadro al pastel en tenues grises y azules pintado por Valencia. Azolar recordaba haberlo visto en el taller. La imagen de Lisbeth a solas con el otro lo perturbó profundamente, y la desazón no lo abandonó durante días.

No volvió a verla hasta un nuevo agasajo en la quinta de Malva Granados. Esa vez se festejaba el estreno de la última película de la directora Natalia Fuentes, amiga de la poeta. Azolar asistió pensando que sería una buena oportunidad de coincidir con Lisbeth manteniendo la apariencia de la casualidad. No se equivocó. Ella estaba presente y había cambiado para la ocasión su sencilla manera de vestir por un elegante traje

verde descubierto a la espalda. Le pareció magnífica. Pero su entusiasmo se enturbió al reconocer entre los invitados a Daniel Valencia.

Los observó conversar durante buena parte de la noche y evitó acercarse. Pero esta actitud fue alterada por la misma Lisbeth cuando vino a buscarlo y, tomándolo del brazo, lo condujo hasta un pequeño grupo de contertulios.

Valencia lo saludó con efusividad y él tuvo la desagradable sensación de ser el tonto de la comedia. Platicaban sobre una futura excursión al Orinoco para filmar un cortometraje. Azolar simuló que se entretenía mirando una diversa colección de gatos de porcelana. Al parecer, esa era una de las manías permanentes de Malva Granados. "Eso le pasa por no tener hijos", pensó.

Poco después ocurrió un ligero intercambio de frases que modificó toda su pretensión por Lisbeth. Una anécdota referida por Daniel resultó muy divertida y ella quiso halagarlo estableciendo una semejanza: "Tienes el ángel de García Lorca" —dijo. Pero Azolar, queriendo ser sarcástico, agregó: "Y quizás la fuerte inclinación de Oscar Wilde".

Adivinado el sentido malicioso, Valencia se apresuró a responder: "Pero no todas sus tentaciones, Ricardo. Te aseguro que mi deslumbramiento esta noche es maravillosamente verde". Y dirigió su mirada hacia Lisbeth, que sonrió complacida. Ella era, ciertamente, la única bella de verde en esa reunión. Tomó la mano del otro, y la besó.

Algo parecido a una mueca se dibujó en la cara de Azolar cuando quiso reír. Esperó sólo un momento propicio para alejarse de ellos y abandonó el lugar sin despedirse. Había perdido la partida.

El vigilante tartamudo interrumpía el ritmo de la pesadilla. Pretendía darle un poco de consuelo y hablaba de sí mismo en frases interminables. También él conocía la amargura y la de los otros. Su historia era dolorosa y absurda, como en la mayoría de los crímenes. En un momento de desquiciamiento, "el de-de-monio-do-do-mi-nó". Eso dijo. Mató a su mujer sin odiarla. No tenía empleo y pasaba todo el día dando vueltas sin resolver nada. Esa vez regresó temprano al barrio, pero sentía vergüenza de llegar al rancho con las manos vacías y sin buenas noticias. Se asomó al bar por curiosidad; no tenía dinero. Un compadre lo convidó a una cerveza. Se quedó para no llegar pronto. Jugaron al dominó hasta muy tarde. Entró al rancho borracho, pero esa no era su costumbre. Encontró una vela encendida. Su mujer murmuraba, y el niño estaba enfermo. El tropezó con la mesa y la vela cayó al suelo. Todo quedó a oscuras. Entoces escuchó que su mujer lo insultaba: "No eres un hombre —dijo—, no sirves para nada". En la oscuridad alargó la mano hacia la mesa y tocó la piedra de moler. Estaba ahí, más fría que un hielo, esperando su mano. Dio dos pasos en dirección a la cama y golpeó a la mujer en la frente, sin llegar a mirarla.

Cuando amaneció lo despertó el llanto del niño y al abrir los ojos supo que la había matado. Cuestión de Satanás. Lo condenaron a veinte años de prisión. Los pagó todos; hasta el último día. Pero tuvo una buena conducta. El director del penal, que también era su paisano, lo dejó trabajando como vigilante. "Todo pa-pa-sa" —dijo el tartamudo. Después del relato macabro

prometió traerle el papel en blanco que solicitaba. "Cua-cuan-do-pase-el-es-cán-da-da-lo".

La escritura fue como una emergente escalera de incendio, a través de la cual siempre podía evadirse del perseguidor y de las consecuencias del sueño. Conservó la desilusión amorosa como una secreta caída. Lisbeth nunca supo de su congoja, aunque quizás llegó a sospecharla por su inexplicado silencio. Fue para él un tardío y torpe amor adolescente; desproporcionado como ciertas enfermedades infantiles cuando se presentan en la adultez.

Regresó a la escritura con dedicación. Sólo prevalecía una idea obsesiva: alcanzar la quimérica meta literaria.

El editor Rosales ejercía sin miramientos el poder personal en su empresa. Hombre pragmático, severo, que renunció a la continuidad de su trabajo intelectual como destacado historiador para convertirse en editor de libros y revistas, sufría de constantes estallidos de ira. Renegaba, por lo demás, de haber tenido el desatino de aventurarse como un cándido en el negocio editorial "en un país de analfabetos y consumados bebedores de ron" —como solía repetir—. También se comentaba que su mal humor era motivado por las frecuentes disputas con su mujer, una ya marchita actriz de comedias de televisión que solicitaba de modo intransigente el divorcio y la correspondiente separación de bienes. Era esto último, por supuesto, lo que trastornaba a Rosales.

Azolar terminó siendo uno de los sujetos predilectos de su malestar y en alguna ocasión le endilgó el epíteto de pusilánime. Lo mantenía realizando tareas irrelevantes, redactando cartas de rutina,

corrigiendo pruebas de imprenta o leyendo apresuradamente manuscritos de autores desconocidos.

A eso se reducía en la práctica el delirio de grandeza del pequeño escritor. Todo indicaba que muy pronto sería alcanzado por el fatídico presagio de Lorenzo Barquero: "Déjelos que doblen los treinta: Se acaban, se desvanecen. Eran espejismos del trópico".

Pero todavía un gran libro podría salvarlo. Un libro definitivo antes de los cuarenta. Entonces, una suerte de segunda versión de la vida se iniciaría para él, y la creación surgiría segura, sin sobresaltos, caudalosa; después de abrirse las compuertas.

Sindia Santos llegó sin pretenderla; sin desearla siquiera.

Era una chica agradable; pero en muchos aspectos parecía la antípoda de Lisbeth. Todo lo que en la otra se expresaba en alegría y espontaneidad, en ella se manifestaba como timidez y reserva. Tenía un temperamento apagado, vacilante, quizás como consecuencia de una educación familiar y escolar (fue durante años discípula de monjas) demasiado cargada de estrictas normas de comportamiento social.

Azolar se mostró en algunas circunstancias muy solícito y galante con ella, suponiendo que una buena opinión de la amiga más cercana a Lisbeth redundaría en su favor; aunque algunas veces tomaba la presencia de Sindia en los encuentros casi como una intromisión. No obstante, ese nexo los aproximó hasta el grado en que Lisbeth llegó a hacerle una pícara confidencia; "Ella parece interesada en ti; me pregunta mucho por tus gustos". Ricardo, envanecido, respondió con palabras de doble intención: "Tengo otras expectativas mucho más cercanas".

Sindia llegó cuando su carácter empezaba a agrietarse. Le dio su compañía; le prestó apoyo; creyó en él y en su afán y, sin embargo, Azolar nunca pudo evitar cierto sentimiento despreciativo, él mismo no lograba entender completamente la causa de aquella negación.

El distanciamiento lo regresó a sus temores recónditos. Las noches de lectura volvieron a escamotear el oficio de vivir fuera de los dobles. Las páginas escritas como intento experimental se devoraron a sí mismas.

En una última visita a la quinta de Malva Granados supo que la relación de amantes de Lisbeth y Valencia ya era manifiesta: "Parece que nuestra querida Lisbeth nos abandonará por algún tiempo —dijo Sussi Alcalá—, y, por cierto, viaja muy bien acompañada... ¡me da una envidia!". "Estoy enterado —señaló Lezama—; Daniel me llamó ayer. Los querubines se van de vacaciones a Barbados".

—El es una maravilla, interrumpió Malva. No solamente es un excelente escritor, sino también un *charmant*. Y ella es una muchacha inteligente, graciosa, de sensibilidad. Yo, como dice Sussi, los envidio. Claro que uno no está para esos amores torrenciales bajo las palmeras. Ustedes saben que antes en todas las novelas había amores torrenciales. Esa era la palabrita; si no era torrencial, no era amor.

—Y pasión devoradora, dijo Sussi.

—Así es, puntualizó Malva. Todas la pasiones devoraban, y los celos también.

Azolar escuchó el diálogo casi como el que recibe una agresión directa. Los presentes no ignora-

ban su afición por Lisbeth. Le pareció que cáusticamente se divertían a su costa. Desde entonces no volvió a frecuentar aquel grupo, y al regresar Lisbeth se prohibió inflexiblemente cualquier acercamiento. Fue una manifestación de soberbia. No era un pusilánime como pensaba Rosales. Podía ser, cuando se lo proponía, un hombre de carácter.

Sindia fue el único vínculo que mantuvo, aunque su presencia recordaba la otra. Lo abrumaba con una generosidad extrema y nunca exigía para sí una atención particular. Estaba a su lado casi como una intrusa benefactora. Azolar pensaba en la evolución imprevisible de aquella dedicatoria que escribió embriagado y en un arrebato de seductor: *"A Sindia Santos en el primer encuentro, que nunca se sabe hacia dónde va"*.

Al principio su admiración le resultaba gratificante. Posiblemente era la persona que había mostrado mayor interés por sus escritos. Con frecuencia aludía a pasajes precisos y utilizaba términos que él deseaba oír. Pero, sobre todo, le transmitía confianza en la obra por hacer; la que supuestamente se incubaba lentamente en la inconsciencia a la espera del momento propicio. Además, le permitía hablar de sus propósitos sin ningún escrúpulo; mostrarse autosuficiente; escuchar su propia voz en tono sentencioso; algo que nunca pudo hacer en compañía de Lisbeth sin exponerse a la ridiculez.

Pero Sindia no lograba comunicarle alegría, aunque a cambio le ofreció la experiencia afirmativa de la posesión, en la entrega de un cuerpo hasta entonces invicto y amablemente torpe.

Frente a la mirada imperturbable de Kafka, ella se dejó desnudar con ingenua vergüenza, temiendo todavía que su cuerpo no fuese lo suficientemente grato para complacerlo. Silenciosa, apenas pronunciando antes una frase afligida: "Prométeme que después no me vas a largar como un trasto". Y él, evitando ser cursi, se limitó a responder: "No sucederá mientras sea una situación satisfactoria para los dos".

Quizás ella tradujo aquellas secas palabras como una muestra de reciprocidad. Pero, aun saciado su egoísmo, Azolar no pudo evitar el pensamiento de que aquella entrega era sólo una imitación de la otra; la que seguramente ocurrió con mayor felicidad cuando Lisbeth consumó su elección. Y se convirtió en la amante de su rival. Pensando en eso malogró su placer. En su caso era cierto que "el hombre después del coito es un animal triste".

El rostro de Valencia aparecía con alguna frecuencia al hojear el periódico. Era figura de importancia pública. Los comunicadores solicitaban su opinión sobre diversos asuntos, triviales o significativos. Desde una encuesta sobre la importancia de la corbata, hasta la probabilidad de una hecatombe nuclear. Se le valorizaba pese a su discreción, o quizás por eso mismo. Azolar trataba reconocer el extraño sentimiento que le producía. No era rencor; racionalmente lo consideraba un amigo. Tampoco fobia por su exitosa carrera, sino algo mucho más complejo e indefinible. Acaso una reacción de protesta por no ser el otro.

Sindia, que mantenía inalterable su amistad con Lisbeth, le comentaba anécdotas cargantes:

"Parece que van a traducir al húngaro un libro de Daniel; pero Lisbeth está más entusiasmada que él mismo. Dice bromeando que los pobres húngaros no le han hecho nada".

Lo había visto otras veces en la oficina de la editorial. Valencia entraba a saludarlo aunque no mediara ninguna cuestión particular, ignorando el efecto perturbador que suscitaba su presencia.

No eran suficientes el desprendimiento y la tolerancia de Sindia para mantener la armonía. Su flaqueza de carácter la hacía vulnerable a la irritabilidad del varón. Azolar abandonó la cortesía y la atribulaba con injustos reproches. En realidad deploraba encontrarse en esa absurda situación, comprometido afectivamente con una mujer ajena a sus preferencias. Despreciaba en Sindia lo que descubría en él mismo: la debilidad, la falta de gracia, la necesidad de protección. Ella tampoco podía hacer nada para estimularlo. Cualquier observación suya corría el riesgo de ser completamente deformada y avivar su ira. Cuando en una oportunidad le sugirió que aceptara "la ayuda psicológica de un especialista para favorecer el proceso creativo", él estuvo a punto de golpearla. Vociferó como un energúmeno, y después rió; rió hasta sollozar imaginando la frase que diría al psicoanalista: "Doctor, por favor, se me secó el cerebro".

Mientras se acercaban los cuarenta años su carta se desdibujaba, aunque en alguna nota periodística lo mencionaran como joven autor. Ahora comprendía una verdad escrita de paso

en el *Diario íntimo* de Enrique Federico Amiel: "Todo lo que es debe manifestarse, y lo que nunca se ha manifestado no era nada". No era nada su espera. En el profuso dédalo de palabras no encontraba su voz. Sólo había atendido al engañoso llamado de los maestros.

El escritor novicio corre el riesgo del extravío.

Una vez que se interna en el acertijo advierte que no lleva brújula y en el mapa no está delineado el destino. ¿Cuál es la ruta que puede conducirlo hasta la obra? ¿Dónde se halla escondida, camuflada, quemante, la palabra? De pronto se oyen voces proféticas; se reconocen fantasmas sagrados. Algunos llaman imperativamente: ¡Sígueme! ¡Este es el camino! Ese de feo rostro y espesa barba entrecana es Tolstoi, el moralista atormentado. Y aquel rabioso solitario que gesticula con soberbia es Nietzsche, el anticristo. Y este otro, obeso, de cabeza leonina, que se pasea intranquilo apoyándose en un bastón con empuñadura de macizo oro, es Balzac, el supremo testigo. Cerca de ellos están otros maestros. Son los inmortales. Cada uno tiene una doctrina, y rodeándolos se asoman los profesores, los exégetas y los apologistas; encargados de custodiar reglas, fijar normas y atesorar dogmas.

Más adelante el andante observa el encuentro de dos apasionados polemistas. Les presta atención. Uno de ellos es un dandy irlandés: Oscar Wilde, inconoclasta que ha paseado su ingenio por los aristocráticos salones londinenses del siglo XIX. Brillante esteticista. El otro es un insigne pensador del siglo XX: Jean-Paul Sartre, ciego después de sabio, legítimo heredero de los racionalistas de la ilustración. Ambos confrontan sus

ideas con inteligente vehemencia. Sus frases pulidas parecen trazadas con espada.

Escucha:

SARTRE: El escritor ha optado por revelar el mundo y especialmente el hombre a los demás hombres, para que éstos, ante el objeto así puesto al desnudo, asuman todas sus responsabilidades. La función del escritor consiste en proceder de modo que nadie pueda ignorar el mundo y que nadie pueda ante el mundo decirse inocente.

WILDE: El esteta rechaza aquellas modalidades de arte demasiado evidentes, que sólo tienen un mensaje que comunicar y que una vez comunicado éste, tórnanse opacas y estériles, buscando, por el contrario, aquellas modalidades que suscitan el ensueño y crean estados de alma, haciendo posibles, con su belleza imaginativa, todas las interpretaciones, y ninguna de ellas definitiva.

SARTRE: El escritor puede guiar y, si describe un tugurio, representarlo como un símbolo de las injusticias sociales y provocar indignación.

WILDE: A veces acaban por escribir novelas tan semejantes a la vida que no hay modo de creer en su verosimilitud. Lo cierto es que, como no se haga algo para impedir o modificar, cuando menos, ese culto mostruoso de los hechos que ha llegado a ser el nuestro, el Arte quedará estéril y la Belleza desaparecerá de este mundo.

SARTRE: Que al menos para nosotros la literatura haya vuelto a ser lo que nunca debió dejar de ser: una función social.

WILDE: Como método, el realismo es un fracaso absoluto. Hemos tenido obras imaginativas y bellas en que las realidades visibles de la vida se encuentran transmutadas en convenciones artísticas, y modeladas e inventadas para su deleite, aquellas cosas que la vida no tiene.

SARTRE: El grave error de los estilistas puros estriba en creer que el vocablo es un céfiro que discurre levemente por la superficie de las cosas, que las toca sin alterarlas.

WILDE: Porque algunas obras son de superficie hermosa, hay quienes se empeñan en tenerlas por superficiales.

SARTRE: En realidad uno se hace burgués al optar, de una vez para siempre, por una cierta visión del mundo analítico que se intenta imponer a todos los hombres y que excluye la percepción de las realidades colectivas.

WILDE: Mientras más se estudia la vida y la literatura, más intensamente se siente que, detrás de todo lo maravilloso, está siempre el individuo, y que no es el momento lo que hace al hombre, sino el hombre el que crea la época. Como que hasta me inclino a creer que cada mito y leyenda que nos parecen brotar del asombro, el terror o la fantasía de una tribu o de un pueblo, fue en su origen la invención de un espíritu individual.

SARTRE: Ya que el escritor no tiene modo alguno de evadirse, queremos que se abrace estrechamente con su época; es su única oportunidad; su época está hecha para él y él está hecho para ella. Cada palabra suya repercute. Y cada silencio también.

WILDE: Para nosotros, que vivimos en el siglo XIX, cualquier siglo es un tema adecuado para el arte, menos el nuestro. Las únicas cosas bellas son las cosas que no nos atañen.

SARTRE: Es aquí mismo, mientras vivimos, donde los pleitos se ganan o se pierden.

WILDE: El tema o asunto del arte debería sernos más o menos indiferente. O, cuando menos, deberíamos no tener la menor preferencia, ni la más mínima prevención, ni partidismos de ningún género.

SARTRE: Yo estoy por la autenticidad.

WILDE: Yo estoy por la mentira en el arte. Aquéllos que no aman la belleza más que la verdad, nunca conocerán el más íntimo sagrario del Arte. La revelación final es que la mentira, el cuento de cosas bellas inexactas, es el fin propio del Arte.

SARTRE: El escritor «comprometido» sabe que la palabra es acción; sabe que revelar es cambiar y que no es posible revelar sin proponerse un cambio. Ha abandonado el sueño imposible de hacer una pintura imparcial de la sociedad y la condición humana.

WILDE: Ningún gran artista ve nunca las cosas como realmente son. Si lo hubiera, dejaría de ser artista.

SARTRE: No se es escritor por haber decidido decir ciertas cosas, sino por haber decidido decirlas de cierta manera, y el estilo, desde luego, representa el valor de la prosa.

WILDE: Bien, la limitación, la condición primordial de todo arte es el estilo. ¡Por Dios, no vayas a decirme que estás de acuerdo conmigo! En cuanto la gente está de acuerdo conmigo me parece que debo estar equivocado.

Hay una pausa. Pero la polémica no se extinguirá mientras persista la palabra escrita. El joven autor queda turbado. Puede tomar partido y convertirse en eco de alguna voz sacralizada.

Puede proseguir en la búsqueda de la propia palabra. O quizás enmudezca para siempre.

Ricardo Azolar intentó una y otra vez el asalto a la página blanca de enorme fauce abierta. Confiaba todavía en el polen de la imaginación, una partícula prodigiosamente ágil, volátil, mágica, con la destreza de un espermatozoo para penetrar en la tiniebla y fecundar; tejer lo nunca concebido, tramas ideales encadenadas por sutiles misterios, personajes impredecibles que adquieren su silueta a partir de un tic que estremece levemente un párpado, o del número impreso en un quinto de lotería. El punto de génesis puede ser ese sombrero azul bastante viejo que alguien abandonó en una caja de manzanas a la puerta de una frutería. Y la pluma permanece segundos suspendida, mientras surge el color definido de un tinte en el cabello, quizás un rubio ceniza, o mejor, ligeramente anaranjado. Descubrir cuál es la identidad de ese señor de manos sudorosas que entró al banco portando un maletín oscuro; donde se encuentra el documento falsificado (lleva seis días perfeccionando una firma que no le pertenece y el nombre del timado casi puede leerse en las tensas arrugas de su frente). Evocar una sala y colocar en el sitio más distante (como talismán) una figurita de madera que se miró por primera vez en la vitrina de un puesto comercial en el aeropuerto de Amsterdam. Un hombre obeso la compró como souvenir. Es un cliente apresurado. La dependiente la mete en una bolsita plástica y se la entrega. El hombre paga un dólar. En el trayecto hacia la sala de espera se detiene un momento; saca el objeto para verlo mejor y advierte que está roto en su

base. Regresa al negocio malhumorado. La dependiente no entiende español. El hombre obeso reclama la devolución del dinero. La dependiente le explica en inglés que debe cambiarlo por otra cosa del mismo valor. El hombre protesta indignado. Finalmente, paga un dólar más por un cortapapeles. Cuando llega al lugar de salida le informan que el avión donde debía viajar ya ha despegado. Pasa una noche de insomnio lamentando su mala suerte en un hotel de la ciudad. Al día siguiente se entera de que el avión que perdió (un vuelo Amsterdam-Madrid) estalló en el aire y perecieron noventa y seis personas. Por la tarde entra de nuevo al negocio y pregunta por la figurita de madera. La mujer se alarma pensando que ha vuelto para hacer otro lío. Pero luego logra comprender, busca en una gaveta el adorno dañado y se lo muestra. El hombre sonríe, le entrega un billete de diez dólares, besa la figurita, la guarda sin envoltura en el bolsillo del abrigo, guiña un ojo y se va.

Azolar sabía bien que una historia ficticia puede comenzar o terminar en cualquier parte; y, sin embargo, el tejido verbal se rompía abruptamente, como un neumático en la carretera. Una travesía imponderable para lograr que la partícula germinadora se extendiera, contaminando de irrealidad toda la superficie maleable de la página blanca por donde se desliza la pluma (nunca pudo mecanografiar sus textos en la primera versión), nerviosamente avanzando con ritmo irregular, deteniéndose insegura después de una coma (como doblando una esquina peligrosa), arremetiendo en ráfaga, zozobrando, restableciendo la modulación, repitiéndose, fallando, girando sobre sí misma en una

digresión, gimiendo, pisando los gerundios cacofónicos, sonriendo (sólo por instantes con una pretensión de lucidez), desconfiando del personaje que proyecta su propia destrucción intelectual, abriendo un paréntesis (como quien cava una trinchera), nadando, siempre nadando contra las palabras.

Sí; él emprendió esa aventura. Pero cada nuevo esfuerzo culminaba en otra imposibilidad. Las malditas palabras. Era cierto lo que escuchó decir alguna vez a Malva Granados: "El escritor —dijo— es el más desprovisto y desvalido de todos los artistas; no posee sino las palabras; las mismas palabras gastadas de todos los días, para intentar algo perdurable. Los pintores, escultores, músicos, utilizan materiales más nobles, menos podridos de cotidianidad". Sin duda, las palabras manoseadas, masticadas, escupidas por todos, debían servir igualmente para el tejido de la araña reina. Para crear una ilusión de estructura preciosa con la misma materia raída.

Azolar nunca pensó que su nombre se inscribiría en la leyenda negra de la página blanca. Cada noche sentía más cercana la burla del perseguidor.

Recomenzaba la tarea con imágenes fugaces que se destruían a la primera sombra y terminaban en libretas cerradas o en el pote de desperdicios. Un alarde perfeccionista lo consumía todo. Desechaba la frase directa, descarnada, y agotaba sus fuerzas en una búsqueda etilística sin solución. Luego los empeños se hicieron cada vez más penosos, breves, lacónicos. Hasta la noche que apareció sobre la página el ojo vacío.

Un reencuentro con Lisbeth y Valencia se produjo con motivo de la fecha de cumpleaños de este último. Azolar fue a la reunión a regañadientes. Su ánimo no estaba para complacencias; pero Sindia quería ir en su compañía y sirvió de intermediaria: "Dice Lisbeth —insistió— que no puedes faltar; que tú eres su invitado predilecto y no debes decepcionar a los amigos".

Se dejó convencer a sabiendas de que estaría incómodo. Los asistentes eran en su mayoría jóvenes compañeros de Lisbeth con intención de festejar y pasarla bien. No tenían el ocioso gusto de escucharse ni de rivalizar por el comentario más inteligente. Una muchacha negra, de peinado afro y dentadura perfecta, se destacaba como guitarrista. Al principio interpretó algunas composiciones con cierta maestría; pero en la medida que aumentaba el entusiasmo y el efecto catártico del licor se desataron los ritmos desenfrenados con instrumentos absurdos y en coro ruidoso.

Azolar trataba de mantener un fingido estado de contento, agravado por la obstinación de Sindia en colgarse de su brazo como prueba pública de un terco enamoramiento. No pudo contagiarse con la fútil alegría de los otros y su mirada iba con frecuencia del rostro risueño de Lisbeth hasta el sitio donde departía Daniel. Más tarde logró zafarse de la mano de Sindia y salió a la terraza.

Una pareja que disfrutaba de las caricias sin inhibirse no reparó en su presencia. Luego, probablemente por alguna indicación de Sindia, se acercó Lisbeth a platicarle. Su aprecio se mostró invariable. Sin embargo no fue grato que lo interrogara sobre sus escritos. Tuvo que mentir abiertamente y decir algo sobre una novela en preparación que,

supuestamente, ya estaba narrada en borrador (en realidad se refirió a un viejo proyecto malogrado). "Eres mucho más espléndido que Daniél —dijo Lisbeth—; él nunca me habla de sus trabajos. Es muy supersticioso, aunque no lo dice. Le tiene miedo a los pájaros de mal agüero, yo incluida".

Azolar ignoró la innecesaria alusión al otro, pero pensó que merecía escuchar ese comentario por tonto. Sindia vino a sumárseles y la conversación se interrumpió. La pareja cercana continuaba en su afán de mantener un beso interminable. Lisbeth les hizo una broma y ninguno de los dos volteó a mirar; evidentemente estaban en su asunto.

Los tres regresaron a la sala. El tocadiscos reemplazó a las improvisadas canciones. Algunos bailaban. Lisbeth fue hasta el lugar donde Valencia hablaba con la bella muchacha negra y, remedando los ademanes de un caballero galante, lo invitó a bailar.

Azolar observó cuando el delgado cuerpo de la mujer se estrechó al otro, dijo algo y lo besó en los labios. Continuó viéndolos por algún tiempo sin desviar la mirada. Después fue hasta el bar para servirse un trago y salió otra vez a la terraza. Huía de Sindia. La pareja seguía abrazada y ella pronunciaba débiles gemidos. Era un orgasmo sin penetración.

Desde la baranda contempló la ciudad nocturna bastante iluminada. Recordó que no hacía tanto tiempo en otra reunión festiva todo parecía distinto.

("Esta noche, por lo visto, vale todo, pero los besos robados me parecen una mala costumbre; espero que no insistas sin mi consentimiento...").

Terminó el trago y decidió marcharse. Al pasar junto a Sindia le propuso que buscara otra persona para llevarla a casa o mejor, a un motel. Pero ella ni siquiera reclamó la despectiva propuesta y optó por seguirlo. Se despidieron de Valencia y Lisbeth por mera formalidad.

La impotencia que dejaba inerme a la inventiva lo postraba en un estado lamentable, como si su existencia dependiera de la circulación de las palabras sobre el papel. Trataba infructuosamente de encontrar una respuesta a la esterilidad. Quizás era una estancia árida; un período de obligatoria transición hacia algo todavía insospechado. Pero los días transcurrían con su carga de sequedad. Así dejó de creer en una trama salvadora o en un solícito personaje pirandeliano.

La idea autodestructiva enfilaba contra su inteligencia como en la vieja fábula del escorpión cercado por el fuego. Se había engañado a sí mismo con cierta capacidad descriptiva, con alguna facultad para la observación y el gusto por la musicalidad de las palabras. Pero estaba desprovisto de fuerza dramática; esa nervadura que trasmuta una visión corriente en poesía o la anécdota de un crimen vulgar en proposición artística. Y sin ese poder, ningún oficio escritural adquiere permanencia.

Ricardo Azolar no consentía en ensayar otras probabilidades. La abulia devoraba su energía como una boa hambrienta. Renegaba de todo el ciclo de causalidades (sueños-realidades-pensamientos-realidades-vacío-realidades-vacío) que finalmente lo anclaron en la cotidianidad de un empleado subalterno.

Pusilánime —tenía razón Rosales—; pusilánime era un calificativo justo. Su carácter se tornaba agresivo, pero el sujeto de sus desplantes terminaba siendo precisamente la única persona que lo amaba y hacía todo lo posible para evitar su derrumbe: Sindia Santos. No obstante, ella era incompetente para comprender la razón del fracaso. Pensaba ingenuamente que tales arrebatos eran manifestaciones neuróticas del individuo creador, y su papel de amante el de tolerarlo y ayudarlo a superar las crisis de maduración.

Azolar se complacía en martirizarla, incluso a costa de sí mismo: "Estás atada a un imbécil, entiendes; a un perfecto imbécil. Huye mientras puedas". Pero ella insistía en que el futuro sería mejor; que debían mudarse a un lugar más agradable; que ese ambiente inhóspito menguaba su capacidad.

Esas simplezas terminaban de trastornarlo. Sabía que un buen escritor nunca es completamente prisionero de su circunstancia. Y explotaba en groseras escenas de rabia; tiraba los objetos, golpeaba las paredes con el puño, rompía sillas y humillaba a la mujer acusándola de imponerle un amor de sanguijuela.

Sindia transformó su modestia en servidumbre y su admiración en miedo. La ruptura sobrevino cuando él, enardecido por el alcohol, le dijo: "Lo que más detesto de ti es la falta de orgullo. ¿Cómo se puede amar a alguien que no se respeta? Todo lo demás sería soportable. Te desprecio".

Ella lloró entre convulsiones sin poder decir nada; sin esgrimir el amor como defensa de su conducta; sin revelar el prejuicio que la hacía

considerarse como mujer destinada a la lascivia de un solo varón. Lloró de asco. Después salió, sin pronunciar una palabra, para no volver más.

En el calabozo extrañaba la fotografía de Kakfa. ¿Cómo lo miraría ahora desde su mutismo? Quizás fue una de las múltiples máscaras del perseguidor.

El vigilante tartamudo vino por la tarde. Le trajo cigarrillos; se sentó en el taburete. Le dijo en una tortuosa perorata que no se mortificara demasiado, que cuando lo trasladaran al pabellón podría jugar al dominó con los otros reclusos, salir al patio y trabajar en un taller de artesanías. También le recriminó por haberse negado a recibir a la madre durante la hora de visita. Ella no era culpable y "es-la-única-que-perdona" —sentenció.

Cierto que se negó a verla, no por soberbia. Simplemente era un estigma sin posible cauterización. La vio por última vez en uno de los pasillos del edificio del tribunal. El comisario Colmenares consintió en que hablaran varios minutos. Se dijeron con pena algunas trivialidades; pero al final ella se conmovió. Lo abrazó desconsolada y continuó diciendo palabras incomprensibles. Fue una escena deplorable. Sentimentalismo maternal. No tenía sentido repetirla.

Hubiera podido permanecer ahí, como en otras ocasiones, y mantener alguna insulsa conversación entre tragos con cualquier desconocido. ¿Por qué llamó a Daniel Valencia? Era posiblemente, en su caso, la persona menos indicada para hacerle caras confidencias.

¿Para qué confesarle las flaquezas todavía camufladas? Pero también era cierto que sentía un genuino respeto por su disciplinada inteligencia.

Nunca llegó a pensar que Lisbeth lo había relegado por un necio, una de las mayores humillaciones que puede sufrir un hombre enamorado. Además, cuando marcó el número telefónico de Valencia desde la misma barra del bar, tenía la urgencia de un interlocutor de mentalidad superior. Su decisión era la misma que hace un creyente religioso cuando solicita la atención del pastor de su iglesia.

Ricardo Azolar quería dialogar con un escritor sobresaliente. Su voz tenía un acento perentorio cuando habló con Valencia: ("¿Puedo verte ahora?, es algo personal. Me gustaría, si es posible, que me concedieras algunos minutos. Tengo una enorme confusión; discúlpame, son tonterías... Sí; estoy muy cerca. Puedo llegar en diez minutos. Sé que no hago bien en molestarte... ¿puede ser? Gracias. Perdona el atrevimiento; salgo inmediatamente para allá. Te lo agradezco").

Valencia no expresó ninguna reserva; ni siquiera sorpresa: (No hay problema; estaba leyendo. Podemos tomar un trago aquí. No vale la disculpa... si un amigo no sirve para conversar cuando hace falta, para qué diablos lo queremos... Sí, te espero. Estaré atento del intercomunicador).

Poco después se sentía como un paciente en el diván antes de la primera sesión con el psiquiatra. Un repentino pudor le impedía expresar el absurdo motivo de su visita. Por lo menos siempre había tenido la compostura de rumiar sus problemas sin incurrir en la ridiculez. Pero, como en otras ocasiones, la amabilidad de Daniel atemperó su indisposición. La trabajadora doméstica no estaba, y Valencia sirvió la bebida.

Azolar prefirió un whisky en la roca; el otro, vodka.

Se preguntó qué razón tendría Lisbeth para no habitar en ese lugar con permanencia. "Ella es muy rara —dijo una vez Sindia—. Sigue teniendo un celo rabioso por su independencia, como un perrito callejero". Buscó ociosamente en la sala algún objeto que pudiera pertenecerle.

Valencia inquirió sobre sus gustos musicales para tratar de complacerlo con alguna pieza de su predilección. El aceptó el ofrecimiento, pero no quiso señalar ninguna preferencia. El otro puso en el tocadiscos una versión de "La pequeña serenata", de Mozart. Dijo algo sobre las virtudes de la ejecución, pero Azolar no entró en el tema, admitiendo un conocimiento musical precario.

Durante minutos establecieron una conversación vaga e impersonal; pero cuando el diálogo lo hizo posible, Azolar enunció de modo tajante el asunto de su llamada: "Me encuentro en un estado de espantoso silencio. Pienso que no podré escribir nunca una página más". Hizo una larga pausa; bebió el resto del whisky, y concluyó de manera rotunda: "Me quedé seco".

Valencia tomó la confesión que acababa de escuchar con naturalidad:

—Siempre estamos ante la disyuntiva del agotamiento, dijo. Somos mucho más pretenciosos que los árboles; aunque casi siempre nos gastamos antes. Pero creo que no hay que alarmarse demasiado por esa situación. Puede ser que del tronco seco brote una ramita...

—Ya no lo espero; soy un tronco inútil. Lo he intentado muchas veces y presiento que no habrá milagro para mí. ¿Qué puedo hacer?

Azolar fue aquella noche para pronunciar esa pregunta en alta voz: *¿Qué puedo hacer?* Y, sin embargo, era consciente de que era incontestable.

Nadie poseía plenamente las respuestas de la creación. Lo que luego dijo el otro, lo conocía de alguna manera desde sus lecturas de juventud. No ignoraba que el vacío había sido la desgarradura espiritual de muchos escritores notables. Valencia lo repitió esa noche:

—Nadie puede escapar completamente de esa incertidumbre. Son períodos de crisis que afectan hasta los talentos excepcionales. Recuerda a Flaubert y sus testimonios de angustia. Pienso que el escritor en esa circunstancia necesita la esperanza del náufrago; mañana quizás.

—Sí, dijo Azolar; pero desgraciadamente no tengo ese genio. No soy Flaubert.

—El, insistió Valencia, tampoco lo sabía. Tuvo que trabajar como un terco buey para reconocerse.

Azolar dejó que las frases fluyeran de su intimidad en precipitado desahogo. La existencia se había desvirtuado y detestaba su propia limitación imaginativa. Sus palabras sugerían, sin pronunciarla, la fuga suicida. Mencionó la desesperación que lo sumía, y Valencia debió percibir cabalmente que se hallaba frente a un espíritu doblado.

—La desesperación, dijo Valencia, también puede ser un poderoso hálito creativo. Muchos han transformado esa situación extrema en buena literatura. No olvides que el escritor es el único animal de rapiña que se alimenta de sus entrañas. Pero, obviamente, hay que trascender la propia desesperación para convertirla en letra válida. Para seguir mencionando a los ogros sa-

grados, piensa en Samuel Beckett. ¿Qué puede ser *Esperando a Godot* sino el testimonio artístico de un hombre desesperado? ¿A quién esperaba Samuel Beckett?... Si me permites una intromisión indiscreta, te digo: ¿por qué no haces de tu sequedad, tu vacío, tu nadería, una materia aprovechable? Si insistes tanto en el asunto como soporte de la estructura novelística, ahí tienes un motivo tan importante como cualquier otro. En todo caso, la originalidad radica en el tratamiento; en el punto de vista; en la inusitada asimilación de las influencias. Es siempre un juego. Con algunos riesgos; pero un juego. Y mientras tanto, mientras organizas tus fichas, puedes practicar la dignidad del silencio. A nadie ofende el silencio de un escritor salvo a los estúpidos, y esos son incorregibles.

Valencia se ausentó de la sala y Azolar siguió meditando en la interrogante que momentos antes se había deslizado en la argumentación. ¿A quién esperaba Samuel Beckett cuando escribía su drama? ¿A Dios, a la muerte, a la inmortalidad, o, simplemente, a una mujer?

La música se interrumpió y tuvo la sensación de que el ámbito intimista se modificó bruscamente. Fue hasta el aparato de sonido para voltear el disco. Sobre una parte del mueble observó una gruesa carpeta. En la cubierta tenía un nombre caligrafiado: *Arenales*. La tomó del lugar y advirtió que eran numerosas cuartillas mecanografiadas; seguramente un inédito trabajo de Valencia. Volvió a sentarse y comenzó a leer en una página escogida al azar. Al regresar Daniel pareció algo sorprendido de verlo con el manuscrito.

—¿Es tu último trabajo narrativo?

—No. Es anterior al libro de relatos que publiqué a comienzos de este año; pero lo sometí a la prueba del congelador.

—¿Por qué el epígrafe bíblico?

—Puedes creer que no lo sé; me emociona ese pasaje lírico, pero también puede ser la evidencia de un devoto vergonzante.

—Es abrumador el número de páginas. Está claro que trabajaste duro durante mucho tiempo.

—Un poco más de cuatro años con algunos necesarios abandonos. Pero ya me fastidia. Antes de tú llegar le daba la lectura de despedida. La próxima semana la pondré en el escritorio de un editor y chau gatico.

Todo hubiese podido quedar así, como un paréntesis en la conversación; pero Azolar tuvo una impertinente curiosidad.

—Podrías prestarme el manuscrito para leerlo muy rápidamente. Conocer una obra inédita es un privilegio para un lector.

—Me halagaría; pero no puedo hacerlo sin violentar una norma. Mi primer lector es el editor. No quiero más prejuicios que los míos y los de él. Hace un momento, sin proponértelo, me hiciste vacilar sobre la razón del epígrafe, puesto que, en este caso, no quiero expresar religiosidad, aunque la religiosidad es casi inseparable de una lectura de *La Biblia*. Pienso que lo mejor es evitar cualquier interferencia, por gentil que pueda ser, hasta la publicación. Después no es un asunto del escritor, es un león muerto, como decía Hemingway, o, para nombrar un felino menos importante, un simple gatico vivo o muerto, da igual.

—En ese caso, me comprometo a no hacerte absolutamente ningún comentario. Es una maja-

dería; pero si he abandonado la escritura, o peor, la escritura me ha abandonado a mí, me gustaría permanecer como lector, y tu manuscrito sería un magnífico pretexto.

—Me colocas en un dilema embarazoso, porque existe todavía un motivo más práctico. No tengo otra copia, ni conservo los borradores; me molestan esos papeles donde se notan demasiado las costuras.

—Eso me desarma. Sólo puedo decirte que prometo no morir en tres días y defender este manuscrito como el último apache.

—Está bien, dijo Valencia resignado; tú ganas. Puedes tomarte esos tres días reglamentarios. Nos veremos el fin de semana.

Ese fue el diálogo que ignoraban todos. El otro cedió a su pedimento por cortesía o, quizás, por la misma fatiga de la controversia.

Azolar salió reconfortado. Pensaba que había hecho bien en solicitar el consejo de un amigo tan franco. En el ascensor volvió a recordar la misma interrogante: ¿a quién esperaba Samuel Beckett? Era posible que tras la desesperación existiera otra clave.

Al llegar al apartamento, pese a lo avanzado de la noche, no deseaba dormir. Lamentó no tener una botella en la despensa. Puso café en la greca y trató de darle alguna forma matriz al inesperado planteamiento de Valencia: *"¿Por qué no haces de tu sequedad, tu vacío, tu nadería, una materia aprovechable?"* Tal vez, ¿por qué no? La impotencia era la cara oculta de la creación y él estaba más cercano a la comprensión de la sombra que de la luz. El mismo había devenido en sombra de lo que creía ser.

Se sirvió café y comenzó la lectura del manuscrito. Debió leer tres o cuatro horas sin interrupción antes de ser sometido por el sueño. Era una narración cautivante, encantatoria, pero de modo alguno una novela convencional. Avanzaba en varios planos yuxtapuestos sin una historia dominante. Los personajes aparecían sin anunciarse y desaparecían de igual modo. Las numerosas digresiones no estorbaban el ritmo temporal, puesto que no existía un foco, sino una continua incorporación de elementos afines al arte pictórico. Requería de la complicidad de un lector atento y experimentado. En algunos pasajes se acentuaba el tono evocativo, el juego del tiempo y una atmósfera penetrada de irrealidad. Azolar recordó una frase de su primera conversación con Valencia: *"Hay que reencontrar o rescatar El caballo perdido de Felisberto"*. (Lo había leído después de escuchar esa opinión.) Y le pareció una de las veladas influencias del hermoso texto. Cuando interrumpió la lectura tenía una impresión de excelsitud. Aún debía leer más de la mitad del manuscrito y poseía la certeza de su índole descollante.

Al día siguiente, al regresar de la editorial, retomó la novela. Ahora percibía mejor su compleja red de vasos comunicantes con el universo pictórico. Era, en cierto modo, su armadura, patente en la laboriosidad descriptiva, en la prosa saturada de color, en las referencias eruditas, y en la silueta de personajes donde era posible avistar una remembranza de Goya, el Bosco, Chagall, Brueghel, Van Gogh, Gris, Reverón y otras míticas sombras (no siempre descifradas en la lectura de Azolar). Un alarde verbal del pintor

malogrado que coexistía en Daniel Valencia (*"Soy genéticamente un pintor y un escritor casi por equivocación"*). Al terminar de leer aquel portentoso *collage*, padeció varias emociones encontradas, la predominante fue, indefectiblemente, de admiración por el artista. (Estuvo a punto de llamar a Valencia para exteriorizar su entusiasmo.) Mas al fondo, yacía su propia lástima; la aceptación de que una obra de esa magnitud desmedía ampliamente su potencialidad creativa; y, flotando en la memoria, una repentina idea rencorosa concentrada en las palabras dichas por Valencia la noche anterior: *"Por qué no haces de tu sequedad, tu vacío, tu nadería, una materia aprovechable"*. Después de conocer el manuscrito le parecían horriblemente insultantes. Era cruel hablar de la sequedad y la nadería de los otros cuando se tiene una obra maestra en el bolsillo. Azolar olvidaba que era él y no el otro quien había hecho esa confesión de agotamiento.

Durante el funeral de Valencia eludió hablar con Lisbeth, y la saludó con premura. No regresaron juntos del camposanto, como ella quería, y se guardó de hacerle algún comentario sobre su pronta salida del país.

Obtuvo la cancelación parcial de sus prestaciones por antigüedad (siete años como empleado de la editorial), y vendió su pequeño automóvil. Decidió viajar a una ciudad que, para él, era distante y ajena: Zurich. Aunque pudo ser cualquier otro el lugar elegido para intentar esa imposible fuga de sí mismo y del perseguidor.

En la celda se desvanecía el recuerdo de aquella ciudad como una remota visión; una vivencia extraña.

Se hospedó en una residencia estudiantil donde admitían clientes durante la temporada de vacaciones; casi siempre turistas de recursos limitados que estaban de paso. La ruptura con su circunstancia habitual le produjo una forma de incomunicación diferente a la que había marcado otras situaciones de su vida; una sensación de estar en el mundo sin ningún vínculo esencial. Por las tardes recorría a pie la ciudad de amplias aceras limpias, donde prevalecía el orden y pocas veces se alteraba el silencio cargado de monotonía. Los paseantes, indiferentes, parecían expresar con su actitud que la existencia de los otros no era para nada su asunto. Las casas blancas de dos pisos, con sus balcones todavía florecidos, y un sol otoñal, apacible, insuficiente para entibiar la humedad del aire. Caminaba eludiendo la memoria, como quien pisa sus propios recuerdos para que no aparezcan. Y los pasos lo conducían hasta la orilla del lago, ante un extraordinario paisaje que con su majestuosidad debió modelar el carácter casi uniformemente flemático y grave de los habitantes. Algunas veces paseaba por el lago alquilando un puesto en una pequeña embarcación.

A pesar de su desconocimiento de la realidad circundante, conservaba en su pensamiento algunas vagas referencias literarias; una de éstas, bastante cara a su predilección intelectual, era saber que en esa región estaban fechadas varias páginas del *Diario íntimo* de Amiel. La reminiscencia de una reflexión del poeta lo perturbó una

tarde: "No hay que contristar al grillo recordándole que no es un ruiseñor, lo más humano es ponerse en el punto de vista del grillo". Después de rescatar la frase en el recuerdo no pudo evitar el establecer una dolida relación: él era el grillo y Daniel Valencia el ruiseñor. Todas las obsesiones no podían ser decapitadas. Sólo en la muerte, quizás, llegaría la calma. ¿Estaba en paz Valencia?

Una noche, mientras cenaba en un modesto restaurante, un joven se acercó a la mesa y lo saludó en español. Llevaba más de un año en Zurich y varios en Europa, y no era difícil reconocer en él a un pícaro de oficio. Se ofreció para llevarlo al barrio chino, "el único lugar donde es posible divertirse bien en la ciudad" —según dijo—. Azolar aceptó la insinuación para interrumpir varios días de completo aislamiento o por simple libertinaje.

El barrio se hallaba en una zona periférica y más tarde sólo pudo evocar sus calles empedradas y los iluminados clubes nocturnos, de donde salía una música estridente que contrastaba con la tranquila circulación de la urbe. Fue en uno de esos centros de diversión donde conoció al quiromántico, un hombre de ademanes y manos femeninas, que insistió en leer su destino en las cartas. Habló en español correcto pero con peculiar acento. Vio en las cartas las claves esenciales, las únicas que importaban: la muerte, el amor y la fortuna, y hubo una sola certeza en la lectura: *"Tendrás un día luminoso y un repentino eclipse"*. Parecía una broma. Después exigió un trago y se marchó a la barra con el vaso. La noche terminó en un encuentro de

amor mercenario; una puta griega, si no mintió. Al amanecer tuvo un momentáneo sobresalto al reconocer en el espejo a un rastro del perseguidor.

Podía desaparecer, destruir la propia sombra, olvidar para siempre a Ricardo Azolar. Otros hombres vivían varias existencias; en un punto crucial mudaban de piel como ciertos reptiles y recomenzaban el ciclo. Pero él no había matado para eso. Nunca hubiera sucumbido a la envidia, ni a los celos, ni al afán de riqueza. Sólo una fuerza podía arrastrarlo más allá de toda moralidad: la gloria literaria. Y en un apartamento de Caracas, oculto en el fondo de una despensa, lo esperaba un manuscrito inédito que, quizás, apresaba en la red de las palabras el alma del otro, el que quería ser.

De nuevo Lisbeth inquietaba su pensamiento; pero ya no como la nostalgia amorosa que el tiempo disolvía. Ella, continuaba siendo la persona más cercana al conocimiento de la vida privada de Daniel Valencia y, por lo tanto, un supuesto testigo temible para intentar apoderarse absolutamente del manuscrito. ¿Sería cierto que desconocía los proyectos literarios de su amante? *("No lo dice, pero se toma muy en serio a los pájaros de mal agüero, yo incluida")*. Parecía poco verosímil que así fuera y, en cualquier caso, era indispensable comprobarlo. Si ella reconocía el manuscrito quedaba la posibilidad de una coartada y renunciar al plagio.

Dos meses duró aquel calculado extrañamiento. Al retornar a Caracas se reintegró a la vieja cotidianidad. Le comentó a Rosales que durante el tiempo de vacaciones por fin había concluido

la definitiva versión de una extensa novela. El mismo —afirmó— se sorprendió al comprobar que la distancia puede ser un vigoroso estímulo para la creación. Rosales no le prestó mayor interés a sus palabras; no lo consideraba capaz de lograr nada sobresaliente.

Encontró señaladas en la agenda dos llamadas telefónicas de Lisbeth; pero no se apresuró a responderlas. Tampoco quiso enterarse de las noticias sobre la actividad policial en torno a la muerte de Valencia. Sabía únicamente que un comisario jefe, de apellido Colmenares, estaba destacado para investigar el caso y había dado unas vagas declaraciones reconociendo la dificultad de las pesquisas. Y la aparición de un remitido en la prensa nacional firmado por un grupo de intelectuales, donde se exigía a las autoridades la mayor diligencia para esclarecer las circunstancias en que se produjo el suceso luctuoso.

No lo obsesionaba el recuerdo del crimen, sino la suerte del manuscrito. Tenía que poseer sus páginas de modo sensorial y convertirlas en parte inseparable de su mente. Volvió a releerlo incansablemente durante muchas horas. Descifró metáforas, verificó datos ignorados, aprendió fragmentos, descubrió calidades de estilo. Y sólo después de esta ardua identificación con el texto inició la transcripción en su propia máquina. En el proceso de traspaso asumió cabalmente la responsabilidad del verdadero autor. Suprimía o sustituía adjetivos, eliminaba párrafos, agregaba oraciones, modificaba los rasgos exteriores de algún personaje. Por último, cambió el título original, *Arenales*, por otro de connotación filosófica: *La tentación del abismo*, (una frase extraída

del arsenal de Lukács) y sustituyó el epígrafe bíblico por una cita del *I Ching (El libro de las mutaciones):* "Aquí se ha alcanzado en lo alto del hexagrama la frontera del dominio de los hombres. El progreso sobre la tierra llana ya no es posible. Hay que atreverse a abandonar el suelo que se tiene bajo los pies para seguir avanzando, para remontarse hacia el abismo sin fondo, hacia lo solitario. Aquí el individuo se ve libre, precisamente como consecuencia de la posibilidad que le ofrece la situación dada. Cada cual ha de determinar por sí mismo su destino".

La mayor profanación del manuscrito original fue su destrucción por el fuego. Cuando ardía recordó las palabras finales de su conversación con Daniel Valencia: *"Te prometo no morir en tres días y defender este manuscrito como el último apache"*. Jamás imaginó el sentido perverso que guardaban, habiendo sido dichas entonces como simple manipulación.

Al consumar el plagio en un intenso proceso de ósmosis espiritual, se decidió a hablar con Lisbeth. Fue un lastimoso encuentro. Algo en la sonrisa de la mujer estaba irremediablemente herido, pero se había sobrepuesto a la amargura. El otro se asomaba en sus ojos sin pronunciarlo o apenas mencionándolo, "cuando estaba Daniel...". La plática discurrió en un "Café" y se mantuvo entre largos silencios. Lisbeth le recriminó su distanciamiento en momentos de aflicción, precisamente cuando la amistad puede adquirir su más elevado sentido: "Ni una palabra de despedida cuando te fuiste de vacaciones". Azolar se disculpó atribuyendo su conducta a un fatigoso y sostenido trabajo literario. Comentó

algo sobre su estadía en Zurich y la culminación de una extensa novela.

Lisbeth lo apreció muy cambiado: "No sé que es —dijo—, pero te noto diferente al Ricardo que yo conocía; como si hubieras madurado de un golpe, dejando atrás la juventud". Azolar no se atrevió a decirle que también ella era otra mujer; que la felicidad invicta se había borrado de su rostro. Pero Lisbeth lo captó en su mirada y evocó un gastado verso de Neruda: "Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos". Sus ojos grises se empañaron como tarde de lluvia.

Antes de despedirse prometiéndose reanudar los días de mejor amistad, Ricardo le entregó el manuscrito apócrifo. "Léelo y me llamas después" —dijo, sin agregar explicaciones.

—¿Es tu último trabajo?

—Léelo. Luego conversaremos sobre eso; no sé si te producirá alguna sorpresa.

El manuscrito no estaba firmado.

Una semana más tarde recibió la llamada que esperaba con desasosiego:

—Anoche, muy tarde, terminé de leer tu novela. Es una obra impresionante. Créeme que estoy emocionada. No solamente es algo distinto a tu trabajo anterior, sino de una calidad estética superior.

—No exageres; creo que quizás es una narración lograda; pero nada más.

—Estoy segura de no ensalzar nada. No quise darte un juicio antes de leer la última página. Te felicito. Me di cuenta que no bromeabas cuando presumías de gran escritor.

—Tonterías. Nadie es gran escritor. Se es simplemente escritor a pesar de uno mismo. Lo de grande, o pequeño, lo ponen los otros.

—Sin embargo, puedo confesarte que me siento gratamente sorprendida.

—Yo mismo me engaño con frecuencia con el hombre que soy. Ya no apuesto mucho por mí; pero espero que en este caso tu entusiasmo no sea infundado. Ya veremos qué piensan los lectores que no tienen el gusto sometido por el sentimiento amistoso.

—Será un éxito total; te lo anticipo.

—Desconfío del éxito antes de conocerlo; si ahora le tomaras el pulso a la megalomanía que tanto te hacía reír, podrías comprobar que el enfermo ya no tiene fiebre.

—Eres otro, Ricardo. Tendré que recuperar al viejo amigo antes de que me lo robe la fama. Por cierto, estoy segura de que tu obra también hubiera fascinado a Daniel. La pintura fue su gran pasión.

—¿Cuándo puedo verte?

—Cuando quieras, Ricardo. Tengo unas ganas enormes de conversar, y espero que para esa ocasión estemos menos tristes.

El desconocimiento de Lisbeth sobre el manuscrito disipó su temor. Si ella ignoraba la obra inédita de Valencia, era poco probable que otra persona pudiera conocerla. Por lo demás, el propio Valencia había sido rotundo: *"Mi primer lector es siempre el editor: no quiero más prejuicios que los míos y los de él"*.

Decidió no dirigirse directamente a ninguna casa editorial y probar la fortuna del manuscrito participando en el prestigioso concurso literario "Cosmos", patrocinado por la editorial española homónima, circunscrito al género novela, para obras originales y escritas en idioma

español, recompensado con un premio indivisible de 150.000 dólares y medalla de oro para el ganador.

En la celda el falsario reconstruía ese paréntesis de espera. Recordaba haber experimentado una profunda mutación interior que lo dirigía hacia el otro, y el otro no era una imagen temible, sino el amado maestro, el paradigma, el Angel de García Lorca.

No hizo ningún esfuerzo por aumentar la relación amistosa con Lisbeth; se había convertido para él en una mujer problemática y ajena, que alteraba su ánimo más que la misma noción del crimen.

El sentimiento que alguna vez concibió con nobleza resurgió luego desde la abyección. Mefistófeles mismo no lo hubiese imaginado mejor. Fue una aparición inesperada. Desde la ruptura con Sindia nadie interrumpía su aparente tranquilidad. Pero al abrirse la puerta estaba ahí, sin sonreír, sorprendida de su propia sorpresa, la mujer que siempre había esperado: Lisbeth.

"Traje una botella y decidí invitarme", dijo antes de aproximarse para besarlo en la mejilla. Azolar no pudo disimular su confusión. Además, la pequeña sala se encontraba en completo desorden. "¡Dios mío!, vives en una ratonera", exclamó ella, y rió sin entusiasmo.

Hablaron mucho durante la noche; pero las palabras fueron un inventario de futilidades, eludiendo ambos cualquier asomo de conflicto. Rememoraron las reuniones exclusivas en la quinta de Malva Granados, las anécdotas y los personajes. Las peripecias de un viaje a Canaima con un grupo de amigos. La asistencia casi religiosa a las

funciones del "Cine universitario" y a las puestas teatrales en "El Ateneo". Pequeñas remembranzas compartidas. Azolar se negó a comentar la novela a pesar de algunas observaciones de Lisbeth. Para sortear el tema terminó diciendo: "No quiero más prejuicios que los míos y los del editor; otra vez será".

Siendo de madrugada él se ofreció para acompañarla hasta su residencia. Comenzaba a inquietarlo la situación incierta; pero ella insistió en seguir bebiendo: "Vaso limpio, querido, nadie regresa, nadie vuelve de esa oscuridad, y todavía nosotros estamos aquí". De pronto, comenzó a llorar de un modo quedo, sosegado, liberador. Se abrazó a él y permanecieron así durante largo rato. Después se acariciaron levemente, como volviéndose simplemente cuerpos, y las bocas mudas se encontraron. Ella apagó la luz y las ropas quedaron sobre el piso. Se acoplaron en un extravío donde se olvidó la palabra. Azolar pensó: "Si existe el diablo, debo ser yo".

Cuando la recepcionista le anunció una llamada telefónica desde Madrid, su mente se anticipó unos segundos a la noticia que le comunicó el secretario ejecutivo de la editorial "Cosmos": "Me complace mucho felicitarlo, señor Azolar; su novela fue seleccionada por el jurado para otorgarle el premio «Cosmos». Puede usted sentirse plenamente satisfecho, puesto que participaron en total 162 obras, varias de las cuales fueron consideradas por el jurado como de muy alta calidad. Sin embargo, el veredicto que lo favorece fue acordado por unanimidad. ¿Qué le parece la buena nueva? ¡Caramba!"

—Estoy agradecido, señor; sumamente halagado. Siempre he pensado que un premio es sólo un accidente venturoso en la vida del escritor. Pero admito que me complace profundamente este regalo de la fortuna.

—Pero hombre, la editorial que represento también se honra con su premiación.

—Me emociona, señor; no sé que decir...

—Próximamente recibirá por correo la información autorizada y el veredicto del jurado; pero la entrega del premio consistente en 150.000 dólares y medalla de oro, se efectuará aproximadamente dentro de dos meses, cuando quede lista la primera edición. Supongo que usted está enterado de que según las bases del concurso por esa edición de cincuenta mil ejemplares no percibirá derechos de autor, pero sí los obtendrá en las posteriores.

—Estoy al tanto, señor.

—Por el momento, sólo quería expresarle nuestras felicitaciones y las del distinguido jurado. Pero me comunicaré de nuevo con usted para organizar algunas actividades promocionales y para fijar la fecha exacta de su viaje a Madrid.

—Le reitero las gracias.

—Otra cosa señor Azolar. ¿Podría usted enviarnos por correo sus libros anteriores y la situación de los derechos de autor?

—No tengo hoy una buena opinión de esos libros; considero que fueron ejercicios narrativos de limitado valor.

—Usted es ahora un autor importante, señor Azolar; el premio "Cosmos" lo acreditará de una manera amplia, por lo menos en una buena parte del mercado hispanoamericano. Por lo tanto,

desde el punto de vista editorial, todos sus trabajos literarios para nosotros tienen interés.

—Prometo pensarlo mejor y seleccionar lo menos imperfecto. En este momento apenas...

—Lo entiendo perfectamente, Azolar; puede usted empezar a festejar. Ya tendremos suficiente tiempo para departir y brindar juntos. Congratulaciones.

Sintió un auténtico regocijo, como si aquella noticia fuera el legítimo resultado de varios años de labor y espera, y el manuscrito nunca hubiese sido profanado por el plagio y la sangre. Sin embargo se preguntó cuál podría haber sido la reacción de Daniel Valencia estando en su lugar. El era ahora el endemoniado albacea de su obra, heredero de su fama y amante de su mujer. Simplemente: el otro. Aquella mañana lluviosa un hombre había muerto sobre el pavimento: Ricardo Azolar.

Rosales entró a la oficina y, sin saludarlo, lo apremió por unas correcciones de prueba: "Quiero eso listo para mañana; no admito ninguna dilación". Azolar tuvo un momento dubitativo; estuvo a punto de participarle la noticia del premio: "Me acaban de informar que...". Rosales lo interrumpió malhumorado: "¿Piensas inventar una disculpa?". "No. No se preocupe usted; mañana todo estará listo —respondió sin disgusto—". Por primera vez había caído en cuenta de que la suma de 150.000 dólares le daba la posibilidad de romper con varios años de servidumbre intelectual".

Al abandonar la oficina se fue directamente al apartamento. No deseaba hablar con nadie. Toda su suerte dependía de una cualidad: la serenidad.

Nunca más debía ser un comediante "a expensas de su diafragma". Era un triunfador.

Durante la noche repicó el teléfono en tres ocasiones. Los medios de comunicación ya tenían la noticia. Dos de las llamadas fueron de reporteros de *El Juglar* y *La Ronda*, la tercera de un periodista de televisión. Respondió en todos los casos de modo lacónico y prefirió diferir las entrevistas personales para otra oportunidad. *El Juglar* publicó la información en primera plana acompañada de una fotografía de archivo tomada tres o cuatro años antes: "Ricardo Azolar, Premio «*Cosmos*» de Literatura": "El codiciado galardón para escritores de lengua española está dotado de 150.000 dólares y medalla de oro. Azolar obtuvo el merecimiento con la novela inédita *La tentación del abismo*. El jurado calificador estuvo constituido por Gerardo Santa Inés, Pedro María Salmerón y Celestino Rocamayor".

"Al ser consultado en su residencia, el autor laureado se expresó agradecido por la distinción —siempre inesperada a pesar de la espera, declaró—. Pero puso énfasis en que tal hecho no afecta esencialmente la importancia de una obra literaria. Un libro escrito —dijo, recordando a Hemingway—, es un león muerto, o para nombrar un felino menos prominente —agregó—, un gatico disecado, da igual".

"El premio «*Cosmos*» alcanzado por Ricardo Azolar (39 años) es un acontecimiento que tendrá mucha repercusión en nuestro medio cultural".

Fue una situación excitante, porque provocaba sensibles modificaciones en la conducta de los otros a partir de la falsa imagen del escritor laureado. Rosales, verbigracia, se mostró eufórico

en la felicitación. Entró como una exhalación a la oficina y le extendió los brazos: "¡Hijo mío, qué gran noticia! Estoy todavía emocionado. Cuando Sonia me lo dijo, no podía creerlo. Eres tan comedido; pero nunca había sentido tanta satisfacción por un éxito ajeno. Aunque tampoco es así; me parece la recompensa de un hijo, un hijo premiado". Azolar se impuso una actitud distante y cortés; de hombre imprevisible que guarda sus mayores energías para el trabajo de trastienda: Tú sabes que sólo hacemos lo posible; no escribimos la novela que queremos, sino la que podemos. Pero me gustaría no defraudar ese entusiasmo. "Me cuento entre los impacientes que desean leer esa novela renovadora, si tomamos en cuenta las características del jurado; pero esperaré su publicación. Eso sí, una cosa no me vas a negar: Sonia te hace una invitación para cenar con nosotros en casa. ¿Puedes el viernes?".

Cuando Rosales salía de la oficina, Azolar le hizo un recordatorio: "Para esta tarde tendré listas las pruebas corregidas". "¡Pero, por Dios! —exclamó Rosales—; olvídate de eso; olvídate; yo hablaré con Hernández".

También fue emotiva la solicitud de Malva Granados. Todos querían verlo pronto. Preparaban una reunión espléndida para festejar ese "Cosmos"... "Tú sabes; esos extraterrestres que te aprecian tanto".

Pero una de las llamadas logró perturbarlo. En los últimos seis meses no había oído esa voz:

—Es algo formidable. No puedo decirte que me sorprendió, porque siempre lo esperaba de ti; nunca dudé de tu talento.

—Espero que hayas perdonado la injusticia que cometí contigo en nuestra última conversación. Estaba enloquecido.

—No te reprocho nada. Tengo que agradecerte que por algún tiempo me hicieras tu mujer. Pero yo no estuve a la altura; no estaba preparada para eso. Tú sabes que...

—No llores, Sindia; nadie es culpable. Por mi parte, guardaré el afecto.

—Lloro de alegría, créeme, lloro de alegría, porque sé que ese premio significa mucho para ti y te dará la tranquilidad que necesitas y que te mereces.

—Gracias; no es para tanto. Si quieres que te sea sincero, esa clase de reconocimiento ya no me interesa.

—Soy una tonta; tú me conoces; una tonta. Nunca comprendo nada como debe ser.

—Chao, Sindia; perdónalo todo; pero creo que lo mejor para los dos será que nunca más vuelvas a llamarme.

En la vorágine delictiva se sumía la muerte de Daniel Valencia. Otros sucesos ocupaban la avidez sensacionalista de las páginas Rojas. Una declaración pública del comisario Colmenares nada agregaba al juego de posibilidades: "Un caso como éste requiere de la filosofía del pescador. Actualmente es impresivisible el tiempo que nos llevará dilucidar los hechos. Puede durar unos pocos días o varios meses; pero en ningún momento hemos pensado suspender la pesquisa y guardar este doloroso asunto en el archivo. La experiencia enseña que el culpable nunca está tranquilo. Nosotros siempre tenemos una caña lista; la lanzamos al río; esperamos, y después pescamos". Ricardo Azolar necesitaba ser un pez

completamente en paz. Ni siquiera se enteró de esa declaración.

La relación de pareja con Lisbeth seguía siendo incierta a pesar de lo ocurrido, sobre todo porque ella no magnificaba la entrega. La experiencia sexual se produjo como un episodio en el transcurso de una vieja amistad, sin mediar compromisos. Pero recuperaba algo de su buen humor: "Debo apresurarme —le decía—, porque supongo que pronto tendré que compartir con varias el afamado. Es muy extraño que me tocaran a mí dos escritores porque siempre soñé con un novio aviador". Y Azolar tampoco consideró el acercamiento como una posesión. Sabía que ella había sido seducida una vez más por el verbo del otro. ¿O fue el otro quien lo despojó antes de su amor, de la palabra, de su brillante destino?

Una semana se prolongó su estadía en Madrid. La entrega del premio se efectuó en el salón principal de un lujoso hotel. Estuvieron presentes los invitados especiales de rigor (una elitesca fauna intelectual que se trasladaba puntualmente de uno a otro continente para brindar en todos los acontecimientos semejantes).

Rosales, que había prometido asistir, envió un telegrama; lo mismo hizo Malva Granados. Perc era significativa la presencia del señor cónsul venezolano en Madrid y otros diplomáticos de menor rango. Lisbeth tuvo impedimentos para hacer el viaje, "pero estaré contigo de corazón cuando te cuelguen la medalla. Te acompañaré al aeropuerto y tú me llamarás para saber si debo ir a recibir al mismo espíritu de Cervantes".

La ceremonia dirigida a cumplir exigencias publicitarias fue convencional. El señor Carlos

Urriola, secretario ejecutivo de la editorial "Cosmos", pronunció un panegírico sobre el autor galardonado y su obra. Luego se produjo la premiación y la felicitación oficial y personal del excelentísimo señor cónsul. Finalmente, Ricardo Azolar leyó dos páginas escritas con sobriedad. Fue un alegato por los olvidados; por los nunca premiados a pesar de los méritos indiscutibles. También un recordatorio de los apóstoles de la literatura. Mencionó la integridad de Franz Kafka. Cuando la creación se divorcia de los honores y los manuscritos crecen en abismos sin eco. Dijo de los grandes artífices de la imaginación relegados por mucho tiempo al sótano de la historia literaria y evocó la rara y preciosa obra de Filisberto Hernández. Debemos rescatar el galope de *El caballo perdido*, afirmó, y terminó exaltando la misión vigilante del escritor en un planeta girando sobre el vértice de la hecatombe. La palabra bella —sostuvo— está comprometida con el porvenir de la felicidad.

Durante una entrevista concedida a la televisión española, respondió las preguntas obligadas para todo autor que remonta la fama. Ricardo Azolar podía argumentar con propiedad; se había amamantado durante años en el conocimiento de las contradicciones implícitas en el oficio del escritor y las refería de modo erudito. En el inventario puso de manifiesto que Tolstoi, trabajador diurno, desconfiaba de la nocturnidad de Dostoievski. Citó de memoria párrafos del atormentado epistolario de Gustavo Flaubert. Rememoró la plácida circunstancia en la que, al rozar su boca con la servilleta, Marcel Proust tuvo la primera visión de *A la búsqueda del tiempo*

perdido. No olvidó señalar el ejercicio estilístico de Stendhal, leyendo las páginas del "Código Civil" para obtener la sobriedad y la precisión en la prosa de *Rojo y Negro*, y el penoso aislamiento de Melville persiguiendo incansablemente a *Moby-Dick* en el encierro de un apartamento de Nueva York; ni las voces extrañas que dictaban ciertos pasajes narrativos a Virginia Woolf.

Ricardo Azolar disponía de este depósito anecdótico con tanta soltura como cualquier letrado; pero no se consideraba —dijo en un momento de la entrevista— diferente a un soldado que todos los días debe desmontar, revisar y pulir meticulosamente su fusil. Aseguró que tardó tres o cuatro años, con algunos obligados abandonos, en la escritura de *La tentación del abismo*, y que su más profunda obsesión no era la literatura sino una frustrada vocación de pintor.

Al responder sobre la importancia del tema en la invención novelística se calificó antidogmático: es preferible una novela policial lograda, a una epopeya fallida (esta última frase había sido dicha antes por Alejo Carpentier, pero no se ocupó en reconocerlo). Cualquier tema es válido —afirmó— si responde genuinamente a los impulsos más profundos del escritor. Nadie escoge sus temas; llegan a él como insoportables intrusos. Incluso la desesperación, la esterilidad intelectual, puede ser una secreta fuerza para el verdadero creador. Naturalmente —apuntó—, la desesperación trascendida. Pienso ahora en Samuel Beckett, para nombrar un ogro sagrado; ¿qué es *Esperando a Godot* sino una suerte de alegoría de la desesperación? ¿A quién esperaba Beckett cuando escribía su dra-

ma; a Dios, a la fama, a la inmortalidad? Si un escritor lo considera pertinente puede internarse en su vacío, en su nadería, en su sequedad. Lo importante no es necesariamente el tema, sino su mutación como obra de arte. En todo caso —añadió—, siempre existe la posibilidad de practicar la dignidad del silencio. A nadie incomoda el silencio de un escritor, salvo a los estúpidos; y esos son incorregibles. (Se notaba como un hombre provisto de gran seguridad frente al resplandor incisivo de la cámara de televisión.)

En lapso breve se sucedieron los juicios críticos favorables. Luego de los comentarios fugaces dedicados al libro del día, se produjo el análisis más exigente de varios calificados ensayistas —Mario Uzcátegui, Saúl Guerrero, Rosendo Marinetto—, coincidían desde diferentes visiones en valorizar *La tentación del abismo* como un trabajo narrativo de apreciables logros formales; un intento afortunado por incorporar en el texto elementos experimentales, sin romper drásticamente la comunicación con el lector. No obstante, *La tentación del abismo* no traspasaba por su proposición temática y estructural los límites de una minoría lectora que buscaba en el libro un refinado producto cultural. Dentro de ese ámbito, obligadamente reducido, podía considerarse como un éxito editorial (cuatro ediciones sucesivas de 50.000 ejemplares en los dos primeros meses de lanzada y una edición de 30.000 ejemplares en versión traducida al francés).

La conducta de Ricardo Azolar oscilaba entre el triunfalismo y la discreción, como si dos fuer-

zas antípodas se disputaran la naturaleza de su impostura. En algunas oportunidades sucumbía al deseo de figuración y aceptaba invitaciones para alternar con elementos privilegiados del poder social. Pero cierto reflejo de su vida anterior lo conducía en otras ocasiones a rechazar la ostentación. "No quiero convertirme en el chofer de un libro —le dijo rotundamente a un periodista—; hago la cuenta de que eso lo escribió Perico de los Palotes y me dedico a otro asunto".

Realmente, otro asunto ocupaba su atención después de hurtar el manuscrito. Un creciente interés por la pintura y sus maestros. La información biográfica de los grandes pintores, con frecuencia reflejo de existencias conflictivas, consumía el tiempo y la devoción que antes estuvo dedicado al conocimiento de los autores. Visitaba asiduamente las galerías de arte, e invirtió en la compra de cuadros una parte significativa del monto del premio. La ansiedad del color y de las formas agitó un espíritu agotado por la simulación. En el diario *Memorial* apareció una columna bajo su firma, titulada "Colorritmos y Formas", dedicada a ligeras reflexiones sobre la creación plástica. De Azolar llegó a decirse que era un intelectual tan estimado por los pintores como por los novelistas.

Cuando Lisbeth lo observó comprando témpera y pinceles con entusiasmo escolar, comentó: "A veces es curioso, puede ser que todo esté en mi mente, me recuerdas mucho ciertas manías de Daniel; como si repitieras algunos de sus gestos". No respondió de inmediato; pero terminó diciendo algo que, probablemente, ella relacionó con su equívoca situación de amantes: "Sí; él es ahora el perseguidor".

El prisionero rehacía la colocación de las piezas del homicidio que nunca serían descubiertas. En la prensa se anunciaba una nueva edición de *La tentación del abismo* con la autoría de Daniel Valencia y un prólogo definidor firmado por el crítico Gregorio Palma (el burlado autor del ensayo fallido *En el dédalo mágico de Ricardo Azolar)*. En ese exordio —según el comentarista— se restablecía para siempre la verdad literaria y se cerraba uno de los episodios más tenebrosos en la historia delictiva del país. El autor del prefacio, en su indignación, desterraba el nombre del homicida y lo denominaba simplemente el plagiario.

Pero Ricardo Azolar conocía que la supuesta "verdad literaria" también era falaz. El título original *(Arenales)* nunca resurgiría. Algunos fragmentos incorporados eran ya inseparables del conjunto. Varios pasajes suprimidos no dejaron rastro y una reflexión escrita por su mano acompañaría la novela hasta el fin.

Pensó en hablar con el vigilante tartamudo para conseguir un ejemplar de esta última edición.

Su trato con Rosales se modificó de manera ostensible. El editor rechazó cordialmente su disposición de renunciar. Evidentemente, quería reparar lo que parecían pasadas mezquindades. En un momento propicio se disculpó: "En 57 años —dijo—, poco he aprendido sobre los demás hombres, aunque en un tiempo me consideraba muy perspicaz. Sin embargo, creo que nunca me equivoqué tanto al prejuzgar a alguien como lo hice contigo. Me apena recordar que un día, en estado de ofuscación, te llamé pusilánime. Me avergüenza". "Olvídalo —dijo Azolar—; yo también lo he olvidado". "Permíteme decir algo más —apuntó Rosales—; de tu novela se han dicho cosas importantes; pero yo, como lector, y creo ser un buen lector, fui particularmente impresionado por la energía del escritor". "Un poco de terquedad, nada más", interrumpió Azolar restándole importancia. "No. Uno aprecia en esa prosa un tono sostenido; una voluntad de mantener el rigor de la forma hasta la última página. Hay incluso muchas excelentes narraciones donde se pone de manifiesto la fatiga del autor; la respiración del texto, en algunos trozos, se hace jadeante o atropellada. Se nota que el escritor quiere terminar y esa debilidad se trasluce en cierto desaliño del estilo. Para mí no es concebible un gran novelista perezoso; por eso al ver la envergadura de tu trabajo, me di cuenta hasta qué punto estuve equivocado con respecto a ti". "Agradezco tu rectificación, Rosales, pero es posible que no estuvieras tan desatinado; a veces un boxeador lento se crece en el décimo *round* y se apunta el K.O., olvídalo".

Rosales terminó ofreciéndole la dirección literaria de la editorial y una participación en las acciones de la empresa. Azolar aceptó lo primero y lo otro prometió considerarlo. No tenía previsto su posible porvenir.

Los días menos ásperos los pasó en una pequeña casa de playa en compañía de Lisbeth. Su mente abigarrada de nítidas visiones literarias recordó la cabaña presente en las páginas de *El Extranjero*, y la playa doblegada por un sol irritante donde resalta el brillo de un cuchillo y se oye el repetido estallido de un arma de fuego.

Recordó también que la primera vez que escuchó la voz de Lisbeth en la sala de visitas de Malva Granados, dijo algo sobre esa novela: "La muerte, casi gratuita, sin ningún énfasis, la muerte simplemente, creo que es eso lo que me conmueve en la novela de Camus". Algo así comentó. Estaban solos y él tenía la impresión de descubrir el mar. Nunca antes su mirada había penetrado en los sutiles matices del azul, de los verdes, de los repentinos amarillos que saltan en el rompimiento de las olas. Había pasado mucho tiempo antes de aprender a mirar y esa debió ser una de sus precariedades como escritor. La incapacidad para fijar en imágenes simples la realidad huidiza; la significación del detalle en la totalidad, como ese menudo pie de Lisbeth hundido en un punto de la inmensidad de la arena. Pero el sol que estaba sobre ellos no era abrasador ni hostil en esa hora de la tarde, sino de una luz blanquecina que alguna vez quedó suspendida en la tela por el pincel de Reverón.

Habló con Lisbeth sobre eso; el pintor de Macuto se había convertido en uno de sus temas recurrentes. —¿Crees que llegó verdaderamente a la locura?— preguntó reanudando la plática. "Probablemente —dijo ella—; aunque su neurosis estuvo muy cerca de la actuación, en el sentido más fundamental. Creo que eso mismo lo sugiere un personaje de tu novela donde intentas, si no me equivoco, su figura psíquica; ¿lo olvidaste?". "No; pero me aterra ese desprendimiento absoluto; esa fe en el arte por encima de todo. Sin duda fue un actor de los que no regresan; de los que se extravían para siempre dentro del personaje".

También le confió a Lisbeth el propósito de no escribir otra novela; pero ella no lo tomó en serio: "Todos los fabuladores piensan lo mismo en algún momento; pero después reinciden. En eso se parecen un poco a las putas". No será mi caso —insistió Azolar—; no quiero demostrarme nada. Los escritores deberían tener el mismo derecho a cortarse la coleta y abandonar la plaza que los matadores de toros. "Espero que no hables en serio. Lo digo por mí; no me gustaría pensarme como una amante castradora".

Una tarde tuvieron un incidente desagradable cuando se disponían a dar un paseo por el pueblo cercano. Lisbeth esperaba afuera recostada de la cerca cuando lo vio salir llevando puesta una boina azul, lo que provocó su inmediato disgusto: "Por favor; quítate eso. Me molesta", dijo en tono airado.

—¿Podrías darme al menos alguna razón?

—No sé; me parece que es una prenda que no te sienta bien, y punto.

Azolar meditó unos instantes antes de replicar:

—Pero Valencia la usaba con frecuencia y seguramente nunca protestaste por algo tan nimio.

—Es eso, precisamente, lo que me parece ridículo. En Daniel se veía natural.

—¿Y en mi caso?

—Bueno; digamos que pareces disfrazado de anarquista... ¿por qué ese empeño tuyo en imitarlo?

—Me sorprende lo que dices; ignoraba que tuvieras tan impertinente suposición.

—Varias veces he pensado que, aunque no lo mencionas, lo tienes muy presente. Por momen-

tos creo que estás a punto de preguntarme cómo hacía el amor.

—Es una idea completamente tonta; no tengo tus motivos para recordarlo.

—Por eso me extraña, y reconozco que sobre la base de intuiciones no vale la pena discutir.

Azolar caminó hasta la playa y lanzó la boina en el mar. Estaba ofuscado por la discusión y sorprendido por el señalamiento de Lisbeth.

Ella nunca demostraba un sentimiento distinto al de la estimación por el amigo doblado en amante. Sin embargo se acostumbraba a él, y después de aquellas breves vacaciones en la playa terminó aceptando su petición de mudarse juntos a un apartamento. Esta actitud no dejó de causarle sorpresa, porque, aunque había sido suya la propuesta, estaba preparado para una negativa. Pero también la otrora "rabiosa independencia" de Lisbeth, que tanto impresionaba a Sindia, le dejaba su lugar a una mujer más pragmática y convencional, que empezaba a trocar las inconformes posturas juveniles por ciertas seguridades propias de la adultez.

Desde el altercado en la cabaña optaron por no inmiscuir la remembranza de Daniel Valencia en sus conversaciones. Era un demonio o un ángel personal, aunque en el recibidor del apartamento donde se instaló la pareja, Lisbeth colocó un cuadro al pastel pintado por su primer amante.

Para Azolar fue una permanente señal del perseguidor; pero no se atrevió a retirarlo.

El día "luminoso" presagiado por el quiromántico de Zurich, no terminaba de concluir. A la oleada consagratoria vino a sumarse la obtención del Premio Nacional de Literatura. Un homenaje concedido por lo general a escritores de consistente y dilatada obra. Una suerte de inventario de merecimientos para recompensar un esfuerzo sostenido. Fue excepcional otorgárselo a un autor de cuarenta años y con una producción de escasos cinco títulos. Pero en el ánimo del jurado calificador prevaleció "La excelencia de una novela cimera en el largo acontecer de nuestras letras. Un innegable hito literario". A pesar de ser algo atípico el pronunciamiento, no tuvo visibles detractores. La decisión del jurado fue considerada como una prueba de integridad intelectual que admitía con su veredicto la presencia de una renovadora generación de escritores, representados en lugar prominente por Ricardo Azolar.

El farsario no pronunció el discurso acostumbrado para la ocasión, limitando su acatamiento a unas breves palabras dichas desde la cátedra del orador y que más tarde serían recordadas con verdadero estupor: "El juego del azar —dijo— hizo recaer en mi persona una distinción que seguramente me sobrepasa. Pienso que el merecedor de este alto reconocimiento debió ser el desafortunadamente desaparecido Daniel Valencia, quien, por sus insuperables dotes, prometía ser nuestro escritor más imperecedero. Yo he sido apenas un caprichoso instrumento de la poesía".

No firmó, indiferente, sobre la página del libro; como era habitual en esos encuentros con los lectores, organizados por los libreros para tratar de incrementar las ventas. Esa vez, atraído por la graciosa cara pecosa de la joven, preguntó su nombre. "Graciela Jiménez", respondió sonriendo.

Entonces escribió una dedicatoria: *"A Graciela, la de las pecas radiantes. Ricardo Azolar"*. Se dieron la mano y la admiradora dijo una frase de despedida: "Gracias, escritor. Felicitaciones".

Días después la secretaria le anunció una visita. "Lo solicita una joven para un asunto personal; su nombre es Graciela Jiménez; pero dijo que usted posiblemente no la recuerda". —¿Indicó algún motivo particular?— "No; solamente que es algo personal". —Bien; por favor, hágala pasar.

De inmediato reconoció el rostro, aunque no la circunstancia en que lo viera antes. La chica traía en la mano un ejemplar de la novela:

—¿No me recuerda?, —dijo mientras abría el libro para mostrarle la dedicatoria.

Por supuesto que sí, y ahora que la veo otra vez tengo la seguridad de no haberme equivocado; son verdaderamente radiantes.

Ella le hizo un comentario de incredulidad:

—Si supiera usted cuántos tipos de crema he usado para tratar de borrármelas; pero creo que ya me resigné.

—Haces mal en no estimar tus pecas; favorecen la diferencia y lo diferente suele ser atractivo.

—La verdad es que fueron el tormento de mi adolescencia; sentía que todos me veían con la cara sucia. Hubiera sido estupendo que entonces alguien me dijera una mentira parecida. Después de leer su dedicatoria me parece que cargo el semblante lleno de lentejuelas.

Ambos rieron de la ocurrencia y Azolar inquirió sobre el motivo de la visita.

—En realidad —dijo ella—, tuve que sobreponerme a la idea de tener que quitarle un poco de

su tiempo, pero su novela me ha despertado una enorme intriga; casi diría que me ha trastornado.

—¡Caramba! No tenía la menor intención de causarle ese problema a ninguno de mis lectores. ¿Cómo puedo recompensarla de los daños y perjuicios?

—No me ha ocasionado ningún daño; pero sí me produjo una fuerte emoción. Como el que recuerda un largo viaje, ya distante.

—Es extraño, siempre he pensado que un libro sugiere tantas lecturas cuanto sea el número de sus lectores; pero no imaginé que mi novela podía ser leída como una historia de aventuras o de suspensos.

—No me refiero a ese tipo de emociones, sino a experiencias sensoriales, demasiado próximas.

—Por ejemplo... ¿tienes alguna afición especial por la pintura? Eso podría explicarlo.

—Sí, seguramente; pero también pasajes concretos que me hicieron rememorar; como el que se refiere a los Platos del Diablo.

No puedo memorizarlo. Ningún autor conoce su libro de ese modo: son más de setecientas páginas.

—Lo tengo aquí subrayado; mire usted. Hay un momento en que uno de los personajes, Lisandra, dice: *Juntos subimos a los Platos del Diablo, y yo sentía que algo había cambiado; era la decisión de una mujer que deseaba volar y explorar los volcanes. Cuando te anuncié con tristeza una pronta separación, lo comprendiste así. Y yo me quedé para siempre con esa mirada del pintor flotando en el espacio abierto.* ¿Es una cita textual?...

—No. Como puede apreciarse fácilmente es parte de un diálogo ilusorio, nada notable por lo

demás. Más bien el tono resulta almibarado y algo cursi; pero el diálogo requiere de algunas concesiones de estilo para lograr la verosimilitud. Yo pienso que ese párrafo, fuera de su contexto, carece de valor, y no entiendo por qué atrae tu atención.

—Bueno; mi interés no es precisamente el estilo; quisiera saber el origen de esa referencia a los Platos del Diablo.

—Es —dijo Azolar un poco contrariado— una metáfora poco feliz; igualmente pudo decir (el personaje) el Sombrero de Dios, o cualquier otra semejanza. La verdad es que carece de importancia.

La entrevista perdió la agradable manera inicial por la insistencia de la visitante en preguntar por detalles de la narración. El farsario consideró que ella carecía del sentido de la totalidad y tampoco parecía comprender el carácter lúdico de la ficción. Pensó que era ocioso continuar con el tema y decidió ponerle fin, aunque la chica mostraba atractivos que la hacían apetecible para otro tipo de distracciones.

—Tengo algunas tareas por hacer. Lamento despedirme de una lectora tan gentil; pero creo que todo lo que quise decir de algún modo está en el texto. Fuera de él me parecen extemporáneas todas las posibles explicaciones. Esa puede ser una labor fructífera para los críticos; pero inútil para un autor. Lo que no se logra en el libro, ya no está.

Sin atender a esta brusca interrupción la chica le hizo una última pregunta:

—¿Conocía usted bien a Daniel?

—¿A cuál de los Danieles?; he conocido varios.

—A Daniel Valencia, el escritor.

—Por supuesto que sí, fuimos amigos; pero sólo nos veíamos ocasionalmente. ¿Por qué lo pregunta?

—Leí sus palabras con motivo del Premio Nacional; me parecieron muy generosas de su parte.

—¿También fue su amigo?

—Hace algunos años nos conocimos; pero luego yo me fui a Europa y no volví a verlo. Me afectó mucho su muerte trágica y misteriosa.

—A todos nos causó pesar. Siendo buen escritor, era una persona admirable; dos cualidades que no siempre andan juntas. Bueno, espero verla otra vez; eso sí, para hablar de asuntos más divertidos que mi literatura.

Luego Azolar se quedó pensativo. Nunca más debía permitir esas intromisiones imprevisibles.

¿Qué había significado la fama? Nada trascendente aun en el supuesto de que hubiese sido verdadera. Los lectores eran una abstracción tan inhumana como los logaritmos. Mil, diez mil, cien mil ojos sin rostros. Todos formaban una proyección intangible de la misma ficción. Especie de moluscos que se nutrían de vivencias ajenas y, cuando se daban a conocer, perdían de inmediato la sugestión que los mantenía como una quimera, como una esperanza de posesión. Nada importante, fuera de la frivolidad de ser reconocido por alguien al doblar una esquina.

Ricardo Azolar no dejó de ser un hombre solitario y toda esa engañosa figuración no hubiera podido suplir la cercanía de Lisbeth y, también ella era una sombra en el espejo.

La obsesión de perpetuarse en una obra, de fijar un nombre en el tiempo, era quizás la más

absurda de las tonterías humanas. ¿Valía menos *El lazarillo de Tormes* por ser de autor anónimo? ¿A quién podía interesarle verdaderamente la identidad del escritor fuera de esas páginas? La gloria literaria era menos concreta que un terrón de azúcar, y él había matado a un hombre para obtener eso; una ilusión de rastro, de imposible permanencia.

La precaria tranquilidad que tuvo por momentos comenzó a abandonarlo. El cuadro pintado por Valencia, puesto en el recibidor, se convirtió en una visión insoportable.

El comisario Colmenares estaba algo optimista en el desarrollo de la investigación después de recibir la información de la muchacha pecosa. No parecía una chiflada; sin embargo, había que desconfiar de las especulaciones de los informadores. Muchos de ellos querían jugar al detective y eran asiduos espectadores de las series policiales de televisión o, simplemente, partían de prejuicios que muchas veces involuntariamente deformaban la objetividad del testimonio. La historia policial registraba casos en los cuales una persona que aparecía fotografiada en el periódico era luego acusada por alguien como supuesto delincuente, por una transposición de la memoria. La fotografía terminaba coincidiendo en la mente del declarante con el "retrato hablado". Por lo demás, su propia experiencia acerca del delito señalado por la mujer era muy escasa. En sus quince años como comisario de la policía judicial nunca dilucidó un caso delictivo que tuviera una motivación meramente intelectual. En su mayoría eran asuntos de trasfondo pasional, robo, drogas, estafa o simple violencia irracional. Esto era distinto. La mujer trató de

fundamentar una acusación por plagio, con el agravante de que la supuesta víctima del mismo apareció muerta en circunstancias no determinadas. Pero algunos de sus juicios, a pesar de la vehemencia con la que fueron dichos, no podían considerarse sino como simples impresiones sin ningún valor probatorio, como eso de "notaba que eran palabras escritas por Daniel, que era su estilo, que solamente él escribía ciertas frases así". Nada contundente. ¿Y la carta?

Colmenares puso a funcionar el grabador: "En esa época fuimos novios; usted sabe, esos noviazgos de juventud (como en el tango —apuntó el inspector—, flores de un día son); yo tenía una inclinación por la botánica y la arqueología, y por ese motivo él me llamaba Lisandra, como imitación bromista del nombre de Lisandro Alvarado, el científico; parece una nimiedad, pero... (continúe). Y Lisandra es el nombre de un personaje de la novela, precisamente la novia de un joven pintor que por algunos rasgos característicos resulta una descripción de Daniel en aquel tiempo". (Puede ser un exceso de fantasía de su parte; muchas veces he leído sobre personajes que tienen mi nombre y ese ni siquiera es el suyo; no pasa de una simple coincidencia sin derivación.) "Pero Lisandra cumple años el 26 de agosto, exactamente en la misma fecha que yo". (Supongo que millones de personas nacieron ese mismo día; a nadie se le puede hacer una acusación tan grave como la que usted pretende, basándose en un detalle tan casual. Es poco serio.) "Lo que quiero es demostrarle que he descubierto demasiadas 'coincidencias'; pero creo tener una prueba indiscutible; mire usted... Esta libre-

ta es un diario privado donde acostumbraba escribir algunas cosas personales cuando era muchacha". (Todavía es bastante joven para decir eso, señorita.) "Aquí se puede leer el borrador de una carta que le entregué a Daniel hace nueve años, dos días después de una excursión al Avila. Dice: *Juntos subimos a los Platos del Diablo, y yo sentía que algo había cambiado. Era la decisión de una mujer que deseaba volar y explorar los volcanes. Cuando te anuncié con tristeza una pronta separación, lo comprendiste así. Y yo me quedé para siempre con esa mirada del pintor flotando en el espacio abierto.* Este fragmento de la carta aparece exactamente igual en la novela, dicho por la boca de Lisandra. ¿Quiere compararlos, por favor?...". (Sí. Parecen iguales.) "Son idénticos; cincuenticuatro palabras en total que dicen lo mismo. ¿Eso también es fantasía?". (Es algo más preciso; pero nada definitivo. Probablemente el autor, quiero decir el señor Azolar, tiene una explicación satisfactoria.) "No tiene ninguna. En mi conversación con él no recordaba el pasaje y después de mostrárselo ignoraba que los Platos del Diablo existen y son un monumento natural, unas estructuras esféricas de roca que se encuentran en la cúspide del Avila en situación de equilibrio inestable. Es sumamente difícil olvidarlas cuando se han visto". (Sí. Yo las conocí hace algunos años durante un curso de exploración a la montaña; estaba entonces en la escuela de detectives.) "Pero el señor Azolar piensa que son una metáfora inventada por él". (¡Una metaqué!) "Una figura poética". (Disculpe; soy, como se dice, profano en el asunto. No me queda tiempo para poesías.) "El muy cínico dijo que hubiera podido escribir

El Sombrero de Dios, en lugar de los Platos del Diablo; para él da lo mismo. Es un mentiroso. Además, ¿cómo pudo llegar esa carta a sus manos?" (¿Le comentó otras cosas sobre la novela?) "Puras vaguedades. Primero se mostró muy cordial; pero mis preguntas lo incomodaron. Lo noté nervioso; un poco disgustado y luego deseoso de terminar la conversación". (Déjeme usted esta libreta y el libro subrayado; pueden ser de mucha utilidad. ¿Dijo usted que vivió en Europa durante varios años?) "Sí. Ocho en total". (¿Ya Valencia era escritor cuando usted se marchó?) "Había publicado dos libros; pero, curiosamente, se consideraba pintor. Luego recibí su novela *Una Z en el pasaporte* por vía de correo. Lamentablemente, por mi negligencia, se interrumpió la comunicación. Sin embargo, creo conocer bien su literatura". (Una pregunta, quizás indiscreta: ¿por qué terminó su noviazgo?) "Yo era muy intranquila; quería viajar, conocer, estudiar afuera. Tenía entonces diecisiete años y no supe valorizar completamente la suerte de su compañía. Daniel tampoco quiso retenerme, ni nos hicimos promesas de reencuentro. Éramos libres". (Está bien por hoy. Seguramente la citaré pronto. Confío en la buena fe de su declaración; pero tendremos que hacer algunas comprobaciones.)

La suposición resultaba sugestiva y quizás verídica. Llevaba varios meses atascado en el caso Valencia. Sobre todo los primeros días fueron muchas las presiones de la opinión pública a través de los medios de comunicación. El propio jefe del Estado dio a conocer su preocupación. También el ministro de justicia reclamaba la ma-

yor diligencia. Pero las investigaciones efectuadas no condujeron a ninguna parte. Daniel Valencia no tenía enemigos visibles; aparentemente gozaba de general aprecio. No era un político militante, ni un individuo vinculado con actividades riesgosas. Muchas veces el comisario Colmenares se hizo la misma pregunta: "¿Si el hecho no fue accidental, qué motivo podía tener alguien para eliminar a un hombre de sus características?". Todo se reducía finalmente al planteamiento de la muerte violenta y accidental sin la identificación del culpable. Pero esa hipótesis se contradecía con la declaración del único supuesto testigo presencial: un anciano con un ojo de vidrio.

Según la versión se trataba de un asesinato. Llovía intensamente esa mañana del día catorce de septiembre. El anciano miraba hacia la calle desde la ventana ubicada en un segundo piso a unos cuarenta metros del sitio donde se halló el cadáver. En la opacidad de su ojo vidente pudo distinguir un pequeño automóvil gris (tal vez azul claro). La calle estaba solitaria. Los pocos conductores que pasaron luego no se detuvieron al mirar el cuerpo tendido sobre el pavimento. Fue el mismo anciano quien, minutos después, llamó por teléfono a la policía. Estaba muy nervioso cuando rindió su declaración.

El testimonio carecía de precisiones y en la ciudad circulaban miles de pequeños autos de color gris o azul claro. La lluvia entorpecía la visibilidad y el testigo tenía una notoria reducción óptica; por lo tanto, su capacidad de observación fue considerada como de cuestionable validez. Para dificultar más aún la posible veracidad de su relato, unos datos sobre el anciano lo mostraban como asiduo temporadista de hospitales psiquiátricos debido a trastornos paranoicos.

Pero la confirmación de un plagio podía ser la clave del siniestro. Si las dos informaciones calzaban, habría pesca. Para el comisario Colmenares los posibles móviles comenzaron a enlazarse de manera lógica. Su experiencia en las cuestiones humanas le indicaba que la rivalidad profesional algunas veces conduce al crimen. Mientras proseguía la pesquisa se verificó un hecho que hizo alborotarse al inspector Rojas. La antigua amiga de Daniel Valencia, una tal Lisbeth Dorante, era ahora la concubina de Ricardo Azolar.

El comisario Colmenares creyó oportuno demostrar su filosofía pesquera: "Dicen que el pez muere por la boca, pero no siempre. Hay algunos que la mantienen bien cerrada. Pero por la falda muere el pez espada, el temblador, el bagre, y hasta el tiburón".

"Estuve viendo la fotografía de Azolar y tiene cara de tiburón... Otra cosa, Rojas: dile al especialista que espero su informe esta misma semana; se toma demasiado tiempo ese policía poeta".

Colmenares hacía referencia a un asesor literario designado para efectuar el estudio de los materiales incautados en la papelería de Valencia y establecer la posible relación de éstos con la novela *La tentación del abismo*. Cuando Rojas supo el título del libro hizo un comentario soez: "Esos escritores son tipos lunáticos. A cualquier hombre normal lo tienta un par de tetas, pero a ellos los tienta el abismo. Qué vaina tan rara". "Eres muy ignorante —dijo Colmenares—; un buen de-

tective necesita lecturas sustanciosas. ¿No has leído a Simenón?"

Azolar trató de recordar si la idea se produjo con suficiente antelación al crimen y no pudo asegurarlo. Hasta para él fue imprevisto. En principio era un pensamiento difuso; se suponía el único conocedor del manuscrito fuera de su autor, y ese texto original se encontraba en sus manos. En otro momento debió preguntarse qué sería de la obra si Valencia no pudiese responsabilizarse de su publicación. Luego vinculó su propio nombre con el futuro libro atribuyéndose ilusoriamente su paternidad. Y sólo durante un sueño la noche anterior al homicidio surgió la noción de la muerte. La muerte de Daniel Valencia.

En el sueño, el otro caía desde un alto edificio y se destrozaba en el piso. Extrañamente, al despertar no recordó esa visión; pero reapareció más tarde con mucha nitidez en otro sueño. Esa mañana, al salir, no pensaba matarlo.

El carácter del impostor sufría estados depresivos o coléricos que repetían sus peores días de convivencia con Sindia, cuando guardaba sentimientos suicidas. Lisbeth atribuía esa inestabilidad emocional al prolongado abandono de su actividad creadora. No obstante, temía estar descubriendo al verdado Ricardo Azolar, descrito en una oportunidad por su amiga Sindia, después de la desilusión, como un insoportable energúmeno, aunque a ella nunca se había atrevido a maltratarla. Pero aun así tuvieron otra disputa cuando Azolar retiró inconsultamente del recibidor el cuadro pintado por Valencia y lo colocó en una de las habitaciones interiores. "Simplemente —adujo—, ese cuadro me harta; ya no soporto

verlo". La réplica de Lisbeth fue contundente y dilemática: "Si ese cuadro no es debidamente apreciado en este lugar, yo tampoco lo soy; por lo tanto, si tú lo prefieres así, los dos nos vamos ahora mismo".

No siendo capaz de sostener su actitud le ofreció una disculpa. El asunto no tenía importancia; regresaría el cuadro a su sitio. En realidad estaba indispuesto por una contrariedad en la oficina —dijo—. No olvidaba que en su fractura espiritual Lisbeth era el único soporte; su inocente cómplice.

Le propuso viajar; marcharse lejos. Intimamente pensaba en un lugar remoto, donde su posición de escritor destacado fuese desconocida. Y Lisbeth fue receptiva a esta proposición. Ella también deseaba redescubrir la vida; superar la existencia estancada. Terminaron haciendo planes para partir, probablemente a Yugoslavia, a finales de año.

Azolar esperaba que su renombre mermara. Los lectores exigirían un nuevo bocado que él no podría dar. En un suplemento literario encontró el primer ataque contra su éxito repentino: "Autor de un solo libro válido y un puñado de inútil hojarasca, ensalzado por una crítica satisfecha que consagra a los inacabados". Pronto lo olvidarían, aunque *La tentación del abismo* terminara siendo un fósil de museo dentro de cien años. Tenía razón Malva Granados: "La literatura —decía— es una carrera de maniáticos, donde más difícil que llegar es mantenerse". Lo prudente era partir sin posible retorno.

El comisario Colmenares leyó entre oscuridades el informe del asesor. Al parecer, nada defini-

tivo. Las notas de Valencia, en las cuales se bosquejaba un supuesto libro, no podían tomarse como prueba irrefutable de la escritura ulterior de *La tentación del abismo;* eran más bien apuntes rápidos sobre asuntos que el escritor se proponía investigar o reflexiones sucintas. Verbigracia: Indagar acerca del enfrentamiento de la línea y el color en la llamada "pintura de ideas" durante el período romántico y clasista... Se requiere de una segunda mirada, ya no superficial, para penetrar en el sentido poético de los *utensilios* de Marcel Duchamp; eso me ocurrió contemplando su *Portabotellas* y no logro trasladarlo al lenguaje verbal; la palabra muchas veces traiciona la sensorialidad; igual me sucede con el cuadro de Max Ernst, *Mujer, viejo y flor;* me gustaría expresar de alguna forma figurada la intensa impresión que me transmiten... En el lenguaje preciso del ensayo es posible obtener cierta aproximación crítica a la obra de arte y hasta establecer algunas revelaciones; pero en la narrativa esas disertaciones resultan pedantes; por eso mi propósito de recrear el "mundo de la pintura" con medios literarios me parece frecuentemente una idea desatinada y, por supuesto, completamente inútil. Sin embargo, llevo casi tres años en esa tentativa, en esos Arenales... El (los) personaje (s) debe ser uno y múltiple, es decir, en metamorfosis constante. Tomar un pintor como modelo sería una biografía tramposa; debo, por el contrario, apresar rasgos de muchos como un verdadero buitre y que el resultado sea un poco el alma del pintor... Revisar la fallida teoría de los colores de Goethe y sus "Memorables conversaciones con Eckermann"... Conozco muy poco

acerca de la amistad de Picasso y Braque, a la que debe tanto no sólo el cubismo sino toda la evolución posterior del arte; novelísticamente debe ser una relación esencial... Hoy pensé en lo lamentable de no haber conocido a Reverón, tan cercano y tan distante. No sé por qué pienso siempre en él como nuestro Van Gogh; es una idea falsa y sin ser de ningún modo ofensiva lo disminuye, puesto que él es Reverón...

Dos cuadernos de apuntes de Daniel Valencia ampliaban esa información. Estas y muchas otras anotaciones —según el experto— podían verificarse en los contenidos de la novela; pero tales datos, en su mayoría de uso universal, no configuraban un plagio. Tampoco apareció ningún borrador que se correspondiera con la novela.

En otro aparte del informe se señalaba que por lo menos nueve frases de *La tentación del abismo* fueron escritas de idéntica forma en libros anteriores de Valencia. Dos metáforas (el comisario Colmenares se mordió el labio) también se repetían; y un personaje, Lisandra, tenía en otro libro *(Una Z en el pasaporte)* igual nombre y características similares.

El análisis del estilo resultó ininteligible para el comisario. Se mencionaba la complejidad polisémica de *La tentación...* a diferencia de la concreción semántica de otros trabajos narrativos de Valencia; pero tales manifestaciones podían ser perfectamente concebibles en un mismo autor. Para los efectos del examen lingüístico específico, el asesor recomendaba la colaboración de un filólogo. (¿Este tipo quiere aclarar o complicar las vainas?, dijo Colmenares en voz alta a pesar de que nadie lo escuchaba.)

En la papelería de Valencia se estableció la plena veracidad de un indicio importante: la existencia de una carta suscrita por Graciela Jiménez, que tuvo al escritor por destinatario. En dicha carta, aparecía un párrafo de cincuenticuatro palabras reproducido literalmente en la página trescientos setentidós de la novela.

En la conclusión del informe se evitaban las afirmaciones categóricas: "Los elementos escriturales reunidos no confirman el supuesto plagio de una obra de setecientas ciencuentinueve páginas; pero pueden ser suficientes para presumirlo y tratar de encontrar la verdad por otros medios de investigación".

"Pero para mí sí son más que suficientes", dijo el comisario dirigiéndose por segunda vez a un invisible interlocutor. "Ahora vamos a ver si este Azolar tiene mandíbulas de tiburón o es una sardina asustadiza".

El farsante se sumió en un silencioso sobresalto después de leer la circular donde se le exigía comparecer al día siguiente ante la dirección de investigaciones de la policía judicial («Para rendir declaración sobre un asunto que le concierne y que requiere de su obligatoria presencia»). La citación no estaba ordenada por un juez y únicamente aparecía la firma del comisario jefe Orlando Colmenares.

Azolar trató vanamente de descartar de su pensamiento el recuerdo del crimen y buscó otros motivos que pudieran explicar la urgencia policial. No tenía antecedentes penales, ni había estado detenido un solo día de su vida. No pudo evitar la presión de dieciocho horas de incertidumbre.

Colmenares lo recibió en su oficina con mucha afabilidad. Le extendió la mano al entrar y expresó disculpas al escritor por causarle una molestia inevitable. Le ofreció asiento y lo convidó a un café. Habló algo sobre el café adulterado con resto de arvejas o de frijoles; de los daños que el azúcar causa a la salud; de la diabetes de su abuela y los costos exorbitantes de los exámenes médicos del laboratorio. Azolar lo escuchaba asintiendo con una risa entrecortada. El comisario, finalmente, se decidió a tratar el asunto que motivó la citación.

—Está claro, señor Azolar, que usted puede atenerse al precepto constitucional y no responder a las preguntas que pienso hacerle en mi condición de funcionario judicial. También puede exigir la presencia de un abogado. Eso es de cajón. Pero en esta oportunidad no creo que sea indispensable; son preguntas de rutina que considero de simple burocracia policial. No he leído a Kafka; pero he oído tanto la palabrita que se me sale con frecuencia: son, señor Azolar, cosas kafkianas.

Azolar hizo un comentario que ignoró el comisario:

—Espero —dijo— no ser un nuevo cliente de *El proceso*.

—Por lo tanto —continuó Colmenares—, apelamos a su conciencia ciudadana, porque tal vez puede proporcionarnos algún dato de utilidad para esta investigación.

—¿A cuál investigación se refiere?; todavía usted no me ha enterado.

—A eso vamos, no se adelante. El procedimiento tiene su cartilla... ¿Es usted el autor de la novela *La tentación del abismo?*

—Sin duda; es algo del dominio público.

—¿A qué llama usted el dominio público?

—Bueno; quise decir que es algo conocido por los editores, los lectores, los críticos, la prensa, y, por supuesto, es un libro que tiene mi nombre en la portada. No hay ningún doble de Ricardo Azolar.

—No se moleste, por favor; ¿se toma otro café?

—No, gracias; desearía terminar esto pronto. Tengo muchas ocupaciones.

—Seré lo más breve posible; me pongo en su lugar. Lo más ingrato para un policía, un verdadero policía, es tener que importunar a una persona honesta; pero, qué le vamos a hacer, son los procedimientos. Dígame: ¿podría presentarme hoy mismo algunos borradores de su obra?

—Eso no tiene sentido. Además, casi siempre destruyo los bosquejos; para mí carecen de importancia.

—Pero tengo entendido que la mayoría de los escritores los conservan. ¿Por qué usted no?

—Ya se lo dije. No me gustaría permanecer con esos papeles imperfectos, cargados de erratas. Tampoco me entusiasma dejarle ese pasto a los futuros críticos. Para mí lo único que interesa es el libro terminado.

—Usted no sabe cuánto pesa la incultura, señor Azolar; pero en este trabajo queda poco tiempo. Uno siempre debe desatar algún rollo que tiene en la cabeza. Sólo veo televisión y muchos opinan que la nuestra es para retrasados; entonces, ¿no podría usted demostrar con pruebas convincentes que ese libro es suyo?

—Su pregunta me ofende; entiendo, por lo que sugiere, que me acusa de plagio.

—No he pronunciado esa palabra, señor Azolar. El plagio es un delito grave. No queremos poner su honestidad en entredicho, ni irrespetar sus méritos de intelectual. Se trata del procedimiento y el procedimiento no es bueno ni malo; no es moral ni inmoral; simplemente busca precisiones. ¿Me entiende?

—No apruebo su procedimiento, ni su proceder.

—En ese caso, olvidemos el asunto. Comprendo que un escritor es libre para guardar sus papeles en una caja fuerte o comérselos en salsa de tomates. Por casualidad, ¿hizo usted notariar la obra antes de publicarla?

—No lo consideré necesario.

—Siempre es una buena precaución. Le aconsejo que lo haga con sus futuros libros. Vivimos en un mundo que está lleno de riesgos y de pícaros. Por lo mismo, como decía Napoleón, "muchas veces ha salvado la fe, pero más ha salvado la desconfianza".

—No parece usted tan inculto como dijo. Los ignorantes no citan de memoria a Napoleón.

—Son frases que a uno se le van pegando en el camino. Con cincuenta frases buenas en el cerebro es más que suficiente. Otra cosa: ¿conocía usted a su colega Daniel Valencia?

Azolar no pudo evitar un leve estremeciento en la voz, aunque esperaba que ese nombre fuera pronunciado.

—Sí, sí, claro; lo conocía. Tuvimos una amistad casi estrictamente intelectual; pero muy distante en otras cosas.

—¿Visitaba usted la casa de Valencia?

—No. Bueno, sí. Fui a su apartamento en una ocasión, creo que con motivo de su cumpleaños. Teníamos algunos amigos en común.

—Me informaron que usted y él redactaron juntos un número de una revista; ¿es cierto?

—Lo coordinamos, más exactamente; participaron también otros escritores.

—¿En qué sitio se reunían para trabajar?

—En mi oficina y, creo que en una o dos oportunidades, en el departamento de Daniel. Lo había olvidado.

—Un pequeño lapsus comprensible; pero ¿puede responder dónde se encontraba la mañana del catorce de septiembre de 1978?

—Hace más de un año de esa fecha; pero en muy pocas ocasiones falto a mi trabajo. La pregunta es vulgarmente capciosa. Prácticamente insinúa que...

—¿Qué, señor Azolar?

—Todo el mundo sabe que ese día murió Daniel de modo muy extraño.

—Yo solamente nombré una fecha; pero veo que tiene usted buena memoria.

—La memoria no se ve.

—Disculpe; es un decir.

—Sus preguntas son intolerables; voy a retirarme.

—Puede usted hacerlo, si así lo desea; pero le recuerdo que no es mi intención ofenderlo. El caso Valencia es para nosotros como un bagre y el bagre es un pez que tiene muchas espinas; lamentablemente, una de esas espinitas apunta hacia su nombre. Alguien lo mencionó y nuestro

deber es investigar. Si usted durante este interrogatorio de rutina menciona, supongamos, al señor ministro de justicia, nuestro deber es investigar con todo el respeto. Es un seguimiento de causa a efecto; una cadena de simple lógica policial. Pero le aseguro que muchas veces para mí también es muy desagradable.

—¿Puede terminar, por favor?

—Tengo entendido que usted viajó hace algunos meses fuera del país.

—Sí. Pasé unas cortas vacaciones en Zurich. Fue más bien un viaje de trabajo. Deseaba escribir en paz.

—¿Algo lo mortificaba?

—No especialmente; pero detesto la rutina. Es algo insoportable.

—Todos detestamos la rutina, señor Azolar; pero no todos la podemos evitar. Algunos nos quedamos atrapados en esa atarraya. ¿Es bella esa ciudad?

—¿Zurich?

—Sí; donde residió.

—Algo más agradable que este pandemónium.

—¿Cómo dijo?

—Pandemónium, o sea, la capital del infierno.

—Me gusta esa palabra. Voy a repetirla en cualquier conversación con el director. "Esto se ha convertido en un pandemónium". Magnífico. Siempre aprendemos algo de la gente culta; pero no me negará usted que en todas partes hay demonios, malvados y farsantes.

—Sin duda. ¿Es todo lo que tiene que preguntar?

—No se impaciente. Usted debería ser el más interesado en responder. Y, al regresar, ¿publicó la novela?

—La envié a un concurso siendo todavía inédita y fue premiada.

—Nada menos que con 150.000 dólares. Una cifra bastante abultada, ¿verdad?

—No le concedo al dinero mayor importancia; siempre viví en la austeridad.

—Pero, seguramente, resolvió algunos problemas económicos y eso no es despreciable.

—No he dicho lo contrario; sólo que usted puede indicar en el "procedimiento" que el dinero no me quita el sueño.

—¿Y la fama literaria?

—Tampoco.

—Dispense una pregunta sobre su vida privada. Si le molesta no la responda usted.

—Ya ha hecho varias insolentes; puede hacer otra.

—Mantiene usted una relación marital con la señorita Lisbeth Dorante?

—No es de su incumbencia; pero tampoco tengo ninguna razón para negarlo. Al parecer, la policía no respeta nada.

—Todo es respetable entre nosotros. El único que no merece respeto ni consideración es el asesino de Daniel Valencia, y, habiendo sido el escritor amigo suyo, todo lo que pueda conducir a la captura del criminal debería satisfacerlo. Ese es el punto de vista de la justicia.

—Ya he respondido; pero ignoraba que se trataba de un asesinato. Perdone entonces mi actitud.

—¿Sabía usted que la señorita Lisbeth Dorante tuvo antes una relación íntima con Daniel Valencia?

—No me consta. Tampoco se lo he preguntado. Es asunto suyo; pero, en todo caso, para mí carece de interés.

—Y, sin embargo, quizás nada aproxima tanto la suerte de dos hombres, aun siendo desconocidos, como haber sido amantes de la misma mujer. ¿No cree usted lo mismo?

—Nunca lo he pensado.

—Los policías sí. Hay muchos crímenes por ese motivo.

—Yo jamás mataría por una mujer. Sólo tomo lo que logro o me pertenece y no admito otro tipo de posesión. Eso me parece ruin y vulgar.

—Por simple curiosidad policial, me gustaría saber qué opina usted de los motivos de Raskolnikof.

—No conozco a nadie con ese nombre.

—Es el famoso personaje de *Crimen y castigo*. Me impresionó mucho. Uno de los pocos libros que no pude abandonar.

—Lo leí hace muchos años; casi lo he olvidado.

—Pero seguramente recuerda que el asesino pensaba que cualquier cosa le está permitida al hombre superior, porque él sería su propio juez.

—No estoy de ánimo para entrar en especulaciones filosóficas sobre el crimen o sobre la literatura policial. Tampoco conozco sus motivos para hacerme esa pregunta. Si no ando mal de la cabeza, Raskolnikof suponía que esa justicia personal era admisible aplicarla contra ciertos seres degenerados y Daniel Valencia tenía una inteligencia privilegiada. Su asesino, si es que fue asesinato, no pudo ser jamás un Raskolnikof.

—Gracias, señor Azolar. Creo que es todo por el momento. Lamento la demora.

—El comisario Colmenares reservó para el final la pregunta más incisiva:

—¡Un momento!; todavía falta algo. ¿Era usted propietario de un *Fiat* color gris?

Azolar mantuvo un silencio notoriamente prolongado antes de responder:

—Si lo sabe, ¿por qué lo pregunta?

—No debo omitir nada, por razones de oficio; pero veo que se ha transfigurado usted.

—¿Es todo?

—¿Por qué lo vendió?

—Por los mismos motivos que cualquier persona puede tener para vender sus pertenencias. En mi caso, necesitaba dinero para viajar.

—Entiendo. Puede que sean sólo coincidencias.

—¿A qué se refiere?

—Es algo que pertenece al secreto de la investigación. Espero, por su bien, que esa presunción sea descartada.

—Esto parece una rídicula trampa, un asunto completamente desagradable; pero espero que usted se retracte.

—No olvide que soy policía. Desagradables son también las chiripas que nos invaden la casa, los zancudos en la playa, el tráfico, la gripe. Estamos rodeados de cosas desagradables. Si usted quiere puedo darle el cassette donde están grabadas sus respuestas. Aunque no creo que perjudiquen más su situación: Pero puedo garantizarle que mientras no se compruebe nada en su contra el nombre suyo permanecerá en completa reserva. No destruimos reputaciones. Tome esto y no le dé más importancia de la debida —dijo Colmenares extendiéndole un sobre.

Azolar lo abrió con nerviosismo y leyó una prohibición de abandonar la ciudad o cambiar de residencia sin autorización judicial.

—Es un atropello de mis derechos ciudadanos; hablaré con mi abogado y lo demandaré por abuso de autoridad.

—Le aconsejo que lo haga, Azolar; y si en el transcurso del día encuentra un olvidado borrador de su novela hágamelo saber de inmediato. Sería algo muy importante para evitar cualquier error.

Azolar salió apresuradamente. Su semblante no parecía el de un hombre sorprendido ni injustamente humillado, sino una máscara agrietada a punto de romperse. El comisario Colmenares captó la reacción: "Ya el pez mordió —pensó—; ahora templaremos la caña".

El vigilante tartamudo entró a la celda con una expresión de alegría malograda por la boca sin dientes. Sacó de la bolsa una cajita de hojillas de afeitar y una crema dental. Puso el periódico sobre el taburete y mostró luego, como una sorpresa, un ejemplar de la última edición de *La tentación del abismo* con el nombre de Daniel Valencia en la portada. Estaba rodeado por una cinta: *Gran premio "Cosmos". Premio Nacional de Literatura. (El libro que regresó del infierno para acusar al plagiario.)* Azolar rompió la cinta y buscó las dos páginas escritas por él que permanecerían para siempre en el libro.

El vigilante tartamudo lo interrumpió para enterarlo de que el día miércoles se efectuaría el traslado al tribunal para la ratificación de la

sentencia. Después de eso seguramente no volvería a la celda individual sino a uno de los pabellones colectivos. En el acto Azolar pensó que tampoco regresaría a la cárcel. Esperaba esa circunstancia para tomar su última decisión.

El comisario Colmenares le dio instrucciones precisas al inspector Rojas: "Quiero que sigas a Azolar durante todo el día; pero sin ocultarte demasiado. En algunos momentos déjate ver por él. Es bueno que sienta los pasos de cerca; eso los quiebra". Había optado por aumentar la presión. Si el homicida no admitía su culpabilidad sería un proceso interminable. Las débiles pruebas en su contra eran factibles de burlar por una defensa habilidosa. El fragmento de una carta y un testigo anciano con un ojo de vidrio no garantizaban un juicio condenatorio. Por eso el director le recomendó proceder con cautela: "Es un intelectual de prestigio o quizás solamente una rata con nombre; pero por eso mismo no quiero embasurar el caso. Podemos convertirlo en una víctima de la policía".

Colmenares se decidió por el hostigamiento psicológico. No era un policía violento; pero tampoco partidario de legalismos. La táctica consistía en inducir al supuesto culpable a pensar que la policía contaba con pruebas definitivas. Para lograr ese propósito y desequilibrar su estabilidad psíquica actualizó el caso convocando a los periodistas. Los diarios informaron sobre una solución inminente: "El comisario jefe, Orlando Colmenares, afirmó que ya se han acumulado suficientes pruebas para esclarecer la muerte del escritor Daniel Valencia. Se puede anticipar —dijo— que el hecho tiene características de homicidio calificado y su

motivación fue el plagio de una valiosa obra literaria cuyo título permanece todavía en reserva. El comisario sostuvo que probablemente en el curso de las próximas horas se dictará un auto de detención en contra del supuesto homicida. Aunque se negó a revelar, por asuntos de procedimiento, el nombre del inculpado, expresó que el individuo es un conocido 'hombre de letras' y que seguramente su desenmascaramiento impactará a la colectividad. No podrá eludir la justicia —dijo con énfasis—; durante meses hemos hilado fino y el pescado es gordo".

"¡Esto es una bomba!", vociferó al entrar en la oficina de su director literario. "¿Ya lo viste?", dijo mostrando el titular del periódico. "Desde hace varios meses decidí no leer la prensa amarillista", comentó Azolar.

Rosales extendió la página sobre el escritorio y el plagiario leyó la noticia. Su mirada permaneció fija en un punto por varios segundos: *expresó que el individuo es un conocido "hombre de letras" y que seguramente su desenmascaramiento impactará a la colectividad.* Guardó silencio disimulando el efecto de lo leído; pero Rosales, que tenía una vieja enemistad con Fulgencio Calatrava, el ensayista más connotado de su generación, comentó con insidia: "Será Fulgencio?; lo creo capaz de eso y de mucho más..."

Para evitar una conversación insostenible, Azolar pidió disculpas y salió de la oficina.

Durante la tarde se mortificó por Lisbeth. Su propia suerte poca cosa parecía importarle. La secretaria le anunció una llamada sin señalar la identificación. Cuando atendió el teléfono escuchó una voz desconocida. "¿Ya leíste el periódico? Pronto aparecerá tu fotografía donde debe estar".

Por la noche el incidente volvió a repetirse; pero esta vez fue una voz de mujer: "Ahora sí vas a conocer muy bien a los Platos del Diablo". "¿Quién era?" —preguntó Lisbeth—. Alguien equivocó el número; me voy a dormir. "¿Te sientes mal?". No, un poco cansado, nada más.

No durmió; pero tampoco tuvo la entereza para hablar con Lisbeth. En la mañana se despidieron con prisa. Ella despertó de buen humor y quiso contarle un sueño: "Estábamos juntos en un lugar muy bello; no era reconocible, pero había...". "Me lo contarás luego; hoy debo llegar temprano a la oficina" —afirmó sin mirarla—. Sin embargo, regresó a darle un beso y le dijo al oído: "Yo te amo; siempre te amé, siempre te amaré". Ella ni siquiera tuvo tiempo de jugarle una broma; ya cerraba la puerta.

Al salir observó al mismo hombre que estuvo siguiéndolo el día anterior. En la esquina abordó un taxi. No se atrevía a tomar una decisión, pero pensaba que en cualquier momento sería detenido. Las llamadas telefónicas anónimas indicaban que su nombre no se mantenía en la completa reserva prometida por el comisario. La segunda llamada que mencionó los tales Platos del Diablo le hizo recordar a la mujer pecosa. Había olvidado su nombre, pero no la rareza de sus preguntas. Sin duda, era demasiado tarde para escapar. Además, había matado a un hombre para tomar su gloria; no para andar sin tregua con su cadáver sobre la espalda.

Le indicó al chofer la dirección de la editorial siguiendo el impulso de la rutina. Mantuvo los ojos cerrados en el asiento posterior y sintió un súbito envejecimiento. Volvió a pensar en Lisbeth y en el terrible golpe que le sobrevendría. Ella no merecía esa vergüenza. Recordó también la premonición del quiromántico de Zurich; se veía completamente transparente: *"Tendrás un día luminoso y un repentino eclipse"*.

El chofer le advirtió que había llegado; pero él tomó otra determinación y le pidió que se dirigiera hasta la sede principal de la policía judicial.

Todo fue una trampa construida por su propia inteligencia. En el recorrido empezó a liberarse de las tensiones. Nada importaba. Tuvo una ilusión de gloria y una ilusión de amor; pero no le pertenecían.

El chofer se sorprendió cuando dejó en su mano un billete de un valor tres veces mayor al registrado por el taxímetro sin esperar la diferencia.

El jefe policial no lo hizo esperar. Azolar se mostraba sereno cuando entró al despacho. Colmenares trató de repetir el tono irónicamente cordial de la entrevista anterior.

—Bienvenido, señor Azolar. ¿Encontró usted esos borradores?

—Puede ahorrarse todas las preguntas. Vine a decirle que yo lo maté; pero no estoy dispuesto a agregar ni una palabra más.

El comisario no esperaba un derrumbe tan pronto y quedó algo sorprendido por la confesión. Luego reaccionó y dijo.

—Sientese, por favor; ¿quiere café?

Azolar hizo un gesto afirmativo. El comisario llenó las tazas y después utilizó el teléfono. "Habla Colmenares. Necesito inmediatamente un juez de instrucción. Es urgente. Dígale que lo espero".

—Voy a confesarle una cosa, dijo Colmenares, no soy un lector especial; pero en estos días me

interesé en usted. Leí uno de sus libros de cuentos, *Fiesta en el lupanar*. Me parecieron excelentes. Sería una lástima que no escribiera más.

—Gracias; pero ahora creo que lo escribió un hombre que tampoco soy yo. ¿Puedo pedirle un favor personal?

—Si está en mis posibilidades trataré de servirle.

—Me gustaría que se evitara causarle cualquier daño moral a Lisbeth Dorante; ella es una víctima inconsciente de esta situación.

—Tiene usted mi palabra. Naturalmente, quizás será necesario interrogarla; pero puede estar seguro de que su honestidad no sufrirá... Un momento. Pase y tome asiento, señor juez. ¿Quiere café?... El señor Ricardo Azolar tiene algo muy importante que comunicarle. Vino voluntariamente. Todavía no se le ha dictado auto de detención.

En la mañana del día catorce de septiembre, atendió una llamada telefónica de Daniel Valencia. Fue una conversación breve; Valencia deseaba saber si podía pasar luego por la editorial, aproximadamente a las nueve de la mañana, para recoger el manuscrito de su novela.

Azolar se disculpó por la demora y la indelicadeza de no haberse comunicado durante el fin de semana como habían acordado. Valencia respondió con una humorada.

—Me hubieras arruinado el día domingo, porque esa novela ya empieza a cargarme.

Ricardo hizo una proposición:

—Si lo prefieres, puedo pasar ahora por el *pent-house* y te dejo el material; así te ahorras la diligencia.

—No; de cualquier modo debo salir. Tengo un compromiso en el canal 12; pero seguramente será algo rápido. Luego iré a tu oficina.

—¿Piensas competir con los actores de televisión?

—De ninguna manera, me solicitaron un guión sobre Vallejo y no pude negarme; pero debo conocer las pautas.

—¿Vas en tu carro?

—Me iré en un "libre"; para mí es día de parada. Además, salvo en muy contadas ocasiones, prefiero no manejar.

—Puedo esperarte en la entrada del canal 12; le paso cerca.

—No te molestes.

—No será problema. Sólo me desviaré unas cuadras y no tengo ningún apremio por llegar al cuartel de Rosales. Hasta podríamos desayunar juntos, si no lo has hecho. ¿A las nueve, te parece bien?

—De acuerdo. Nos veremos ahí.

Afuera llovía. Colocó el manuscrito sobre el asiento. Sentía complacencia en ser amigo de Daniel quien, con toda seguridad, sería apreciado en pocos años como uno de los escritores singulares del continente. La lluvía caía pertinaz. Puso a funcionar el parabrisas. Se desvió de su ruta habitual y el automóvil comenzó a ascender la empinada avenida que conducía al canal 12. Recorrió una apacible zona residencial donde habitaba parte de la opípara mediana burguesía caraqueña. Encendió un cigarrillo y pensó que no dejaba de ser confusa su amistad con el compañero de Lisbeth, la única mujer a la que había amado verdaderamente. Le seguía pareciendo

extraño que no vivieran juntos, sobre todo ahora que ella se había independizado de los padres y habitaba una pieza en alquiler. Era una chica autosuficiente. El tiempo de Caracas también era imprevisible; en pocos momentos la lluvia se hizo recia y, probablemente, al mediodía surgiría un espléndido sol y un calor sofocante. Los habitantes de la ciudad estaban habituados a esos constantes cambios atmosféricos que desconcertaban a los extranjeros y frecuentemente desmentían los pronósticos meteorológicos.

Pensó que quizás tendría que esperar en el auto mientras escampaba y llegaba Valencia; pero al entrar en la calle solitaria cercana a la televisora lo divisó guarecido bajo el alero de una casa vecina. Daniel también reconoció el *Fiat* desde lejos, a pesar de la lluvia. Bajó de la acera y cubrió su cabeza con el periódico. En ese instante, en una maniobra impulsiva desvió bruscamente el automóvil hacia la derecha y hundió el acelerador. Con el ruido de la lluvia apenas se escuchó un golpe seco al impactar el cuerpo. El *Fiat* resbaló hacia un costado y tuvo que enderezar la dirección. No volteó a mirar el cuerpo inerte que quedaba atrás, doblado de espaldas sobre el filo de la acera.

Cuando estacionó frente al edificio de la editorial comprendió cabalmente que era un asesino. En el lado derecho del automóvil se notaba una leve abolladura; pero la lluvia debió borrar cualquier rastro visible de sangre. Tomó el manuscrito del asiento y se dirigió a la oficina. Luego hizo varias llamadas telefónicas y redactó la memoranda que debía quedar como prueba de su presencia en el lugar de trabajo esa mañana. La calle estaba

solitaria. Llovía mucho. Ningún automóvil lo seguía. No era posible que existiera un testigo.

El vigilante tartamudo vino a decirle que se preparara para ser conducido al tribunal, la esperada mañana del miércoles. No se rasuró; pero se preocupó en dejar ordenadas las páginas escritas durante las últimas semanas.

Estaba tranquilo y tenía la suficiente determinación para renunciar a la vida. No creía en Dios; pero había adoptado un sentimiento místico que lo llevaba a pensar en la existencia de fuerzas ignoradas que sobrepasaban la propia voluntad. Dos guardias uniformados vinieron a buscarlo y el inspector Rojas (la definitiva forma del perseguidor) le puso las esposas.

Esta vez el traslado no tuvo la inútil espectacularidad, ni había gente aglomerada cerca del edificio del tribunal. "El buitre" disminuía su horrible popularidad. Los cuatro hombres subieron en el ascensor hasta el séptimo piso. Entraron a la sala donde debía cumplirse el acto de ratificación de la sentencia.

Azolar observó que, de acuerdo a sus planes, el ventanal estaba abierto y la altura no sobrepasaba el metro y medio. Tenía que ser una acción rápida que le permitiera cruzar la pequeña sala, apoyar las manos esposadas en el borde de la ventana, saltar y encontrar el vacío. No sentía miedo; sólo una angustiosa premura por terminar de una vez.

Dos de los miembros del tribunal esperaban al relator. Le ordenaron sentarse, pero Azolar solicitó permiso para permanecer de pie. Se lo concedieron. Los abogados no le prestaron mayor interés a su presencia y continuaron hablando

animadamente sobre la pelea por un título mundial de boxeo ocurrida la noche anterior.

Unos cinco metros era todo el trayecto que debía cubrir para llegar al pie de la ventana; pero en uno de sus extremos se colocó un guardia. Era indispensable esperar el momento en que desviara su atención o se corriera hacia otro sitio. Cuando entró el relator sus colegas se pararon a saludarlo y el guardia importuno se desplazó hasta una esquina de la sala.

Azolar dio tres rápidos pasos antes de sentir las manos del inspector Rojas sobre sus hombros. "Parece que este pajarito quiere volar por la ventana", dijo, y todos los presentes se percataron del intento fallido.

El plagiario inclinó la cabeza en actitud de abatimiento. Uno de los juristas hizo un comentario sobre "el típico pánico del criminal que no asume el castigo". Otro se acercó al reo para tratar de tranquilizarlo con palabras inútiles. Aun así se dio rápida lectura a la ratificación de la sentencia: 30 años de prisión por cometer homicidio calificado, con agravantes de premeditación, plagio de manuscritos y apropiación indebida de una propiedad intelectual.

Antes de abandonar la sala el fiscal recomendó al inspector Rojas que informara al director de la cárcel sobre las intenciones suicidas del condenado. "Es algo frecuente —dijo—; pero más adelante mejorará un poco la adaptabilidad y la asimilación de los sentimientos de culpa. Seguramente requerirá asistencia psiquiátrica". Y luego dirigiéndose directamente al prisionero: "Usted debe revitalizar sus motivaciones de escritor; esa será la mejor ayuda".

Al cruzar el pasillo con el inspector Rojas a su lado, recordó la fotografía de Kafka y tuvo la convicción de que ése era el verdadero asesino. Pensó que ya no era el otro, ni él mismo. Sólo una muestra de la admonición de Lorenzo Barquero. Un espejismo de alguien. Tenía cuarenta años.

Doblaron a la izquierda para llegar al ascensor. Dos disparos se oyeron en el recinto tribunalicio y Azolar se desplomó fulminado. Uno de los guardias puso la subametralladora en posición de tiro; pero la mujer dejó caer el arma.

El inspector Rojas la tomó por los brazos y al mirar su cara la reconoció. Ella había rendido declaración en el caso Valencia. Su nombre, Sindia Santos.

El vigilante tartamudo fue a la celda por la tarde, como era su hábito. Estaba apesadumbrado. Se enteró por la radio del suceso siniestro. Llegó a sentir verdadera estimación por aquel hombre que no pronunciaba más de diez palabras. Un prisionero que nunca exigía mejor trato, ni incurría en falso testimonio para sostener su inocencia. El había querido ser su amigo, aunque en muchos años de prisión aprendió que dentro de los muros la mejor actitud es la desconfianza. Sin embargo, lo impresionó el mutismo del hombre que tenía el aspecto y el comportamiento de un fraile.

Recogió en una bolsa las pocas pertenencias de Ricardo Azolar y decidió guardar para sí la máquina de afeitar y el libro. Desde que escuchó decir al director que robar ese libro fue el motivo del asesinato mantenía la intriga por lo incomprensible. Todos los que había conocido —él mismo—, mataron por celos, odio, dinero, venganza

o locura. Por eso no entendía que alguien pudiera hacerlo por algo de tan poco valor. Pero tal vez —pensaba—, era un libro sagrado; porque hubo un tiempo en el que los hombres mataban o morían por *La Biblia*. Eso decían gentes enteradas.

Encontró sobre la mesa las páginas escritas por el prisionero. Seguramente ahí estaba su historia; todo lo que se negaba a conversar. Las cogió del lugar y decidió no entregarlas al director. Si lograba hablar con un periodista, quizás por esas hojas obtendría algo.

Se persignó al salir.

Esta edición de LOS PLATOS DEL DIABLO se terminó de imprimir el mes de octubre de 1997 en los talleres de Litografía Melvin, situados en la calle 3B, Edificio Escachia, La Urbina, Caracas, Venezuela. Son 5.000 ejemplares impresos en papel Premium.

OTROS TITULOS

LOS DESIERTOS DEL ANGEL
Alfredo Armas Alfonzo

EL EXILIO DEL TIEMPO
Ana Teresa Torres

CUARENTA CUENTOS
Arturo Uslar Pietri

LA ULTIMA DE LAS ISLAS
Antonieta Madrid

FRUTOS EXTRAÑOS
Lucía Guerra

RELATOS
Francisco Massiani

LA DANZA DEL JAGUAR
Ednodio Quintero